

SERGIO MORALES LAGOS



HISTORIAS DE RADIO

50 AÑOS



SERGIO MORALES LAGOS

HISTORIAS DE RADIO

50 AÑOS



Crónicas

Historias de radio. 50 años

©Sergio Morales Lagos

Registro de Propiedad Intelectual N° 2024-A-10565

Primera edición, noviembre de 2024

ISBN 978-956-227-608-5

Editorial Universidad de Concepción

Víctor Lamas 1140, Concepción, Chile

Fono (56-41) 2204590 – Casilla 160-C, Correo 3

<https://editorial.udec.cl/>

E-mail: editorial@udec.cl

Dirección y producción editorial

Óscar Lermenda

Ilustraciones

Fabiola Morales Retamal

Impresión

Trama Impresores S.A.

Derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio, sin permiso escrito de los editores.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Índice

Prólogo	9
Introducción	13
Cadena nacional de emisoras.....	27
Cadena voluntaria de emisoras	30
Cantores que reflexionan	32
Panorama folklórico	35
Retreta	38
Titulaciones	45
Mi titulación.....	49
Municipales.....	52
Sofía Loren en Concepción	56
Tres anécdotas en escenarios	59
Primer relato deportivo	65
Básquetbol DIMAYOR.....	68
Fútbol amateur.....	71
Tercera División	75
Radio Contagio de Coelemu.....	79
Pildoritas.....	83
Orillando el Biobío.....	90
Palabras finales.....	91

*Dedicado con todo mi amor y cariño
a mis tres hijas
Tania, Romina y Fabiola*

HISTORIAS DE RADIO
50 AÑOS

Prólogo



CON SERGIO MORALES me une una amistad que se ha ido cultivando durante más de 30 años, tiempo suficiente para observar su vida en distintos ámbitos, especialmente en aquellos en que ha desarrollado su potencial comunicativo. Su voz ha dejado huella en estudios de radioemisoras, escenarios artísticos, deportivos y académicos como se puede comprobar al revisar parte de su trayectoria que expone en este libro, donde se puede inferir el modo en que ha ido trazando un camino de realización personal y profesional.

Conocí a Sergio en el estudio de locución de radio Única FM en Concepción a inicio de la década de los noventa. Desde ese tiempo no he dejado de admirar su talento, sencillez y responsabilidad. Su vida profesional ha inspirado gran parte de mi desarrollo como comunicador. Acompañarlo en diversos programas de radio y escuchar sus comentarios hacia mi desempeño con amabilidad y cariño han impulsado mi carrera y fortalecido mi carácter.

El desarrollo laboral de Sergio ha estado a la vista del público. Por lo tanto, siempre ha tenido que demostrar lo mejor de sus habilidades comunicativas en radios, ceremonias o eventos artísticos. Su talento es reconocido por todas las personas que lo han escu-

chado y por quienes han conversado con él. Su voz bien timbrada tiene una identidad y versatilidad en los tonos e intensidades que le permiten proyectarse con soltura hacia la voz hablada y la voz cantada para el deleite de quienes lo escuchan.

Entre las principales estructuras de la Retórica están la forma y el fondo. En Sergio, podríamos decir que la forma varía según los formatos de programas de la radio y tipos de locución o de canto que realiza. En él hay muchas voces que se manifiestan. Están las del locutor serio que lee noticias, la del conversador sobre costumbres y tradiciones, la de un relator deportivo. En cuanto al fondo de los temas que comunica, en toda su trayectoria ha manifestado inquietudes por prepararse y saber más en distintas áreas para enriquecer sus aportes a la audiencia.

Sus conocimientos de música selecta, folclórica, popular, y sus creaciones de textos le permiten presentar desde un concierto de música selecta o música folclórica y popular, o desempeñar un rol de Maestro de Ceremonias en un acto solemne, hasta relatar un partido de fútbol de barrio.

El talento combinado con la creatividad y versatilidad han mostrado sus frutos al momento de crear versos, cantar rancheras, integrar grupos musicales o entrevistar a diversas personalidades. Lo suyo es estar frente a un micrófono en la radio o en un escenario hablando o cantando.

Cada persona va construyendo paso a paso sus caminos hacia la plenitud. Sergio, no solo lo ha hecho desplegando sus talentos y vocación, sino que ha estado siempre dispuesto a compartir sus conocimientos con humildad, generosidad y un sentido del humor que hace agradable la convivencia.

Mantenerse tantos años en la locución es también un tributo a la persistencia, característica que está presente en quienes logran cumplir sus sueños. Sergio sin duda los está cumpliendo junto con

poner a disposición del público no solo talento, persistencia y responsabilidad, sino que también generosidad. Y como parte de ese espíritu generoso, nos regala este libro con sus vivencias.

Si queremos tener una mirada de la vida de Sergio y de una parte de la historia de la radiodifusión penquista, las páginas que vienen a continuación nos aportan muchísimo. Esperemos también que cuando lo lean las generaciones futuras puedan dimensionar el valor de la trayectoria de un hombre de radio y de los escenarios.

Sergio eligió el camino de la locución para desplegar todo el potencial de su voz para brillar en el ámbito profesional y de paso inspiró a otros —como yo— a seguir caminos similares en el apasionante mundo de la comunicación.

GILBERTO MORALES COLIPE
Doctor en Comunicación Social

Introducción



UNA Y MIL RAZONES PARA ESCRIBIR este libro. Ha sido una larga vida en que he estado ligado al micrófono, han sido muchas las vivencias en torno a este mágico instrumento, que me cautivó desde siempre. Con él, he recorrido diferentes caminos, he conocido diversidad de personas y personajes, he bebido en la fuente inagotable del patrimonio cultural de nuestra región y de nuestro país, adentrándome en su estudio y en su conocimiento, capacitándome para entender mejor los procesos relacionados con su quehacer, para así difundirlos con mayor autoridad, con el anhelo de poder contribuir, desde la radio, con el conocimiento de nuestras costumbres, patrimonio e identidad.

En el marco de este proceso de aprendizaje y de formación, tuve la suerte de encontrarme con grandes personajes del mundo de la radiodifusión, del mundo cultural, folklórico, del espectáculo y del deporte de Concepción, desde mi llegada a la ciudad procedente de mi querido Angol de los Confines.

Tengo recuerdos muy claros del mes de noviembre de 1974, una primaveral tarde de domingo, en que por primera vez me senté frente a un micrófono iniciando, hace 50 años, un hermoso camino del cual no me he separado jamás. Esto ocurrió en Barros Arana 340, 4º piso, en donde estaban ubicados los estudios de

radio Inés de Suárez, CC 140 en Amplitud Modulada, por ese tiempo, la más escuchada de Concepción. Comencé a codearme con verdaderas figuras de la radio penquista como Guillermo Herrera Melo, Hermógenes Carril Torres, Ismael Muñoz Fuentes y Fernando Roa Villarroel, quienes me hicieron sentir en casa desde el primer momento.

Un par de semanas antes había conversado con don Fernando Arjona Martínez, quien me notó tan convencido que, tras una pequeña prueba, me citó para comenzar a trabajar los días domingo. El día llegó, me voy a la radio con algo de temor pero absolutamente convencido de haber tomado el camino correcto y que ese sería mi destino. Al llegar a los estudios de la radio, entro a la sala de locución y me encuentro con lo que, a partir de ese momento, sería mi hábitat, mi lugar favorito, mi mundo. Me siento frente al micrófono, se enciende la luz “En el Aire” y comienzo este viaje que me tiene aún maravillado. De ese instante, han pasado 50 años, 50 años de una eterna pasión, 50 años de disfrutar cada día, 50 años de constante crecimiento, de aprender día a día, de vibrar con lo que hago, de darle sentido a mi vida, 50 años de desarrollo personal y profesional.

El micrófono era un “panqueque” inmenso, que intimidaba pero que, al mismo tiempo, me motivaba a exigirme al máximo para rendir de acuerdo a lo que esperaban de mí los hermanos Rafael y Fernando Arjona Martínez, quienes formaban parte de una familia muy conocida y respetada de radiodifusores penquistas, a la cual se sumaba también el hermano menor, Enrique Arjona Martínez, con quien tuve el privilegio de compartir muchos años de micrófono.

El primer domingo de un mes de noviembre de 1974, un tímido estudiante de Pedagogía en Francés de la Universidad de Concepción se acercaba al mundo de la radio, motivado por una naciente carrera de animador de espectáculos universitarios. Fui

desarrollando desde ese mismo año actividades en torno al micrófono en estudio y en escenarios.

Ya había comenzado mi labor dominical, en noviembre y, al mes siguiente, el Director de la radio me comunicaba que debía asumir los reemplazos de quienes eran verdaderas figuras del micrófono en aquellos años, a quienes yo escuchaba a diario desde mi llegada a Concepción. Todo un desafío y, sin duda, un enorme privilegio.

Ya en marzo del año siguiente, tomaba mi primer turno oficial y permanente, en el horario de 9 a 12 horas, lo que me obligó a modificar mis horarios en la Universidad, dejando algunas asignaturas para después, lo que a la postre significó que mi carrera se prolongaría por dos años más. Sin duda, valió la pena.

En la Universidad, tuve la suerte de integrarme a las famosas Estudiantinas shows, el espectáculo con el cual la UdeC saludaba y daba la bienvenida a los mechones que cada año, al igual que yo, llegaban cargados de ilusiones a cumplir sus sueños y a iniciar una nueva etapa de sus vidas, escribiendo su futuro desde las aulas universitarias.

En esas instancias tuve la suerte de conocer y compartir escenario con un destacado músico penquista llamado Adriano Reyes Fuentes, músico militar, Director de la banda del Regimiento Chacabuco, quién con sus Happy Boys, llenaba de ritmo y colorido el Barrio Universitario. Sentí mucha emoción de conocer a Don Adriano, a quién conocía de nombre desde niño porque fue el autor de la famosa marcha Penacho Rojo, mi marcha favorita desde siempre. En ese contexto de fiestas universitarias, compartí también escenario con un grupo musical de excepción, el grupo Savanda. Era la orquesta espectáculo número 1 del sur de Chile, jóvenes tremendamente talentosos y motivadores, que desde un primer momento me hicieron sentir muy cómodo y que facilitaban al máximo mi tarea como cantante y animador, con su

cordialidad, buena disposición y simpatía. Me brindaron su apoyo incondicional pese a ser una banda ya consolidada y yo, un aprendiz de animador. Muchas gracias al grupo Savanda, muchas gracias Moncho, Camilo, Nano, Darío, Chucho, Julito y Víctor. Creo que hicimos una buena combinación de voluntades, de amistad, de ánimo y de amor por la música.

Comenzaba a despedirme de mi querido Angol, en donde fui descubriendo mi pasión por los micrófonos, acercándome al mundo de los espectáculos y de la radio. En ese tiempo, primeros años de la década de los 70, siendo alumno del Instituto Comercial de Angol, nos juntábamos un grupo de adolescentes en una especie de centro cultural a cargo de un grupo de religiosas, en la calle Rancagua, muy cerca de la población Alemania, lugar de mi residencia. Allí compartíamos la biblioteca, los instrumentos musicales y una grabadora que las hermanitas ponían a nuestra disposición. Los cantos se grababan y yo tenía la misión de anunciar las canciones y los intérpretes, en un ambiente muy alegre y cálido, al cual las religiosas se sumaban. En esos verdaderos juegos y humoradas, había un espacio para la lectura de noticias, actividad que era mi favorita y para la cual reunía características y condiciones, según la opinión de todos.

En esa instancia, surgió el conjunto folklórico Pulmahue, que tuve la oportunidad de integrar junto a Antonio Brito y Luis Marín. Cultivábamos el folklore latinoamericano, siendo el conjunto Los Chalchaleros nuestro principal referente. Logramos incursionar en algunos espectáculos de la ciudad, hasta llegar a formar parte del Show de Estrellas de radio Los Confines, que recorría la provincia de Malleco. Naturalmente en esos espectáculos, yo seguía con especial interés el trabajo de los animadores de la radio, Marcos Armijo y Américo Giuliucci, sintiéndome muy atraído por esa actividad.

En marzo de 1974, llevaba ya una semana en Concepción, nuestro grupo Pulmahue fue invitado a la ciudad de Victoria, para participar en el primer Festival Estudiantil de la provincia de Malleco. Decidí viajar desde Concepción para reencontrarme con mis amigos del grupo y, seguramente, ya para despedirme de ellos. Hicimos la prueba de sonido correspondiente y a camarines, para esperar el comienzo del show programado para las 21 horas. El gimnasio lleno, el público ansioso, los concursantes nerviosos y el espectáculo a punto de comenzar. 21,15 horas y el espectáculo aún no comenzaba. 21,30 horas y el público ya comenzaba a demostrar su incomodidad por el retraso del show. 21,45 horas y aparece el organizador del evento en camarines, indignado porque el locutor aún no llegaba y el público manifestándose con silbatinas. Entrando a camarines, preguntó si alguien se atrevía a tomar esa responsabilidad. Mis compañeros del grupo Pulmahue me propusieron, porque sabían de mi manifiesto interés en incursionar en ese terreno. Se me preguntó si me atrevía y si había realizado esa labor antes, respondiendo yo afirmativamente a ambas preguntas, aunque mi experiencia se limitaba solamente al hecho de haber visto cómo lo hacían los animadores de radio Los Confines.

Una vez en el escenario, me sentí tan cómodo, tan a gusto, como en mi hábitat natural y como si aquella labor la hubiera desarrollado por años. “Pueblo de Victoria, queridas amigas y amigos, bienvenidos al Primer Festival Estudiantil de la provincia de Malleco”. Esas palabras las tengo grabadas porque fue lo primero que dije frente a un micrófono, en esta incipiente carrera de locutor y animador. El espectáculo fue transcurriendo y yo, cada vez más cómodo, presentando al jurado, a los invitados al show y a los participantes que representaban a los cinco departamentos de la provincia de Malleco: Angol, Traiguén, Victoria, Collipulli y Curacautín. Llega el momento de la evaluación para tomar la

decisión y es el tiempo justo para medir las capacidades del animador. Estaba de moda por aquel entonces una canción de Facundo Cabral, que en la voz de Alberto Cortés, se escuchaba en todas las radios por aquellos días de marzo de 1974. Como yo era un enamorado del canto, le di el tono a la orquesta y comenzó a escucharse...

Me gusta el sol y la mujer cuando llora
Las golondrinas y también las señoras
Saltar balcones y abrir las ventanas
Y las muchachas en Abril
“todos cantando”
No soy de aquí ni soy de allá
No tengo edad ni porvenir
Ser feliz es mi color de identidad
La la la la...

Cuando terminé la canción y, ante la respuesta del público, ya no tuve dudas que ese sería mi camino y que en esa disciplina, debía labrarme mi futuro.

Del Gimnasio Municipal de Victoria, a la Casa del Deporte de la Universidad de Concepción porque ya se venía la semana mechona. En el Barrio Universitario habían puesto algunos afiches que invitaban a los nuevos estudiantes que tuvieran intereses artísticos, a sumarse a dicha actividad. A la hora, día y dirección que anunciaba el cartel, me presenté a las audiciones, diciéndole previamente al encargado, que yo, más que cantante, era animador. Al parecer, don Rodolfo Zuloaga, el encargado de las actividades extraprogramáticas de la Universidad, me vio tan seguro y convencido, que terminó por convencerse él también, dándome el pase para convertirme en el animador de las Estudiantinas Show de la Universidad desde ese año 1974 hasta 1982, cuando ya había dejado de ser estudiante.

Yo ya había egresado de la carrera de Pedagogía en Francés, ya estaba ejerciendo en el Liceo de Tomé y era lógico que ya no estuviera al frente de esos eventos estudiantiles, pasando a desarrollar otras funciones de locución en la Universidad, ahora en actividades oficiales, académicas y culturales, actividades que aún sigo cumpliendo en mi Alma Mater.

Pero, para buscar el origen de mi afición por el micrófono, debo remontarme a mi lejana infancia, a comienzos de la década de 1960, en calle Errázuriz 894 en la ciudad de Traiguén. Hermosos recuerdos de mis horas de niño, corriendo tras la pelota en un sitio eriazado frente a nuestra casa. O bien, elevando una cambucha o un volantín, o jugando con multicolores polquitas. Después del juego y de la cena, la cita imperdible era escuchar en la radio, programas como “Hogar Dulce Hogar”, “Residencial La Pichanga” o el “Malón de la Chilena”, con Hernán Pereira y más de algún radioteatro. Por supuesto, sin descuidar las tareas ni los estudios, para cumplir responsablemente con las exigencias del colegio Alianza Francesa de Traiguén, donde estudiaba con mi hermano Carlos. Fue en ese colegio donde aprendí a conocer y disfrutar la música de grandes compositores como Chopin, Schubert, Haendel y otros, cuya música era utilizada en las esperadas revistas de gimnasia que el colegio brindaba a toda la comunidad o en películas que se exhibían en el gimnasio de la escuela. Era hermosa la sensación de estar viviendo una educación privilegiada, en una ciudad que vivía al ritmo de su prestigiosa fábrica de muebles y de la salida y llegada del tren, cuyos pitos marcaban los horarios de sus habitantes. Los fines de semana disfrutábamos de los sones marciales de la banda del regimiento Miraflores de Traiguén.

La ciudad también ofrecía una gran actividad triguera, ya que Traiguén era conocido como el granero de Chile. Su paisaje era una mezcla de lo urbano y lo rural porque solían verse carretas por el pueblo, con los campesinos voceando y pregonando sus hortali-

zas, sus legumbres, el carbón, la leche, la leña y la fruta. Junto con ello, era común también, ver gran cantidad de huasos a caballo con sus vestimentas típicas, quienes después de cumplir con sus obligaciones que los llevaban al pueblo, se daban un tiempo para visitar las tres o cuatro cantinas existentes en el lugar, dejando sus cabalgaduras amarradas en los lugares instalados para ello, frente al lugar en donde pasaban a refrescarse.

La actividad del pueblo comenzaba muy temprano, porque Traiguén despertaba con el pito del tren que, puntualmente a las 6,15 horas, anunciaba su salida hacia Angol y Renaico. 15 minutos más tarde, era el pito de la fábrica de muebles que anunciaba que ya era hora de levantarse. Los fines de semana estaban marcados por el Rotativo en el Teatro Municipal y la retreta de la banda del regimiento

Cada cierto tiempo llegaban a la ciudad diferentes circos que se instalaban en el mismo sitio eriazo de nuestras habituales y eternas pichangas. Y al no haber cancha disponible, nos dedicábamos a ayudar en la instalación de los circos, acarreando sillas y tablonés, lo que nos hacía merecedores de una invitación a alguna de las funciones, para poder admirar de cerca a aquellos artistas que, en nuestra fantasía, resultaban ser personajes fabulosos, verdaderos ídolos, sólo comparables con aquellos héroes que aparecían en las revistas de comics que solíamos comprar, y después cambiar en una tienda llamada Servitec, en el centro de la ciudad.

La llegada de estos espectáculos itinerantes, era una verdadera fiesta y la gente acudía en masa a ver y admirar a los trapevistas voladores, hermosas contorsionistas, malabaristas, magos y los divertidos payasos. Yo me conformaba con apreciar el trabajo del Sr. Corales, el anfitrión, el Maestro de Pista, cada uno con un estilo diferente, pero todos con el afán común de crear sensaciones en el público, llevándolos desde la emoción extrema hasta el delirio máximo o las más ruidosas carcajadas, cuando interactuaba junto

a la troupe de payasos, creando la expectación necesaria para concitar el interés antes de cada número. Yo me fascinaba con ellos, con el talento de cada uno. Sin duda, en mi fantasía infantil, soñaba con algún día tener la oportunidad de llegar a ser el presentador de una función de circo.

Afortunadamente, en el verano de 2017, tuve la oportunidad de cumplir ese sueño y de volver por un par de horas a mi lejana infancia, retrocediendo varias décadas en el calendario. Puede vivir desde adentro, la magia del circo, gracias a la gestión de mi amigo Andrés Garcés, el Tony Tallarín, quién estableció contacto con el circo de Los Maluenda, quienes gentilmente accedieron a esa solicitud. Al conocer de mi sueño, no tuvieron inconveniente en hacerme parte del espectáculo. Con la vestimenta adecuada, me convertí por una noche, en Señor Corales. Al parecer, mi participación fue más que aceptable porque por un buen tiempo, continué formando parte del circo, aunque ya no en forma presencial. Un nuevo desafío cumplido. La experiencia fue transmitida por el canal TVU de la Universidad de Concepción, que también se involucró con este sueño de infancia.

Ya había cumplido otros desafíos en este apasionante mundo del micrófono, como por ejemplo relatar fútbol profesional. Me desempeñaba como corresponsal del programa Estadio de radio Portales y mi misión era informar cada cierto tiempo de los resultados parciales de los encuentros que se desarrollaban en el estadio Regional de Concepción, en el estadio El Morro de Talcahuano o en el estadio Las Higueras. Estaba cumpliendo esa función de informador en Concepción, escuchando el partido que se jugaba en Santiago. Termina el partido en la capital, comienzan las entrevistas y los comentarios, cuando escucho lo siguiente: “Terminamos nuestra labor desde el estadio Nacional y nos vamos a Concepción, donde se juegan los últimos 10 minutos del partido, para escuchar el relato de Sergio Morales”. No me quedó más remedio que asumir.

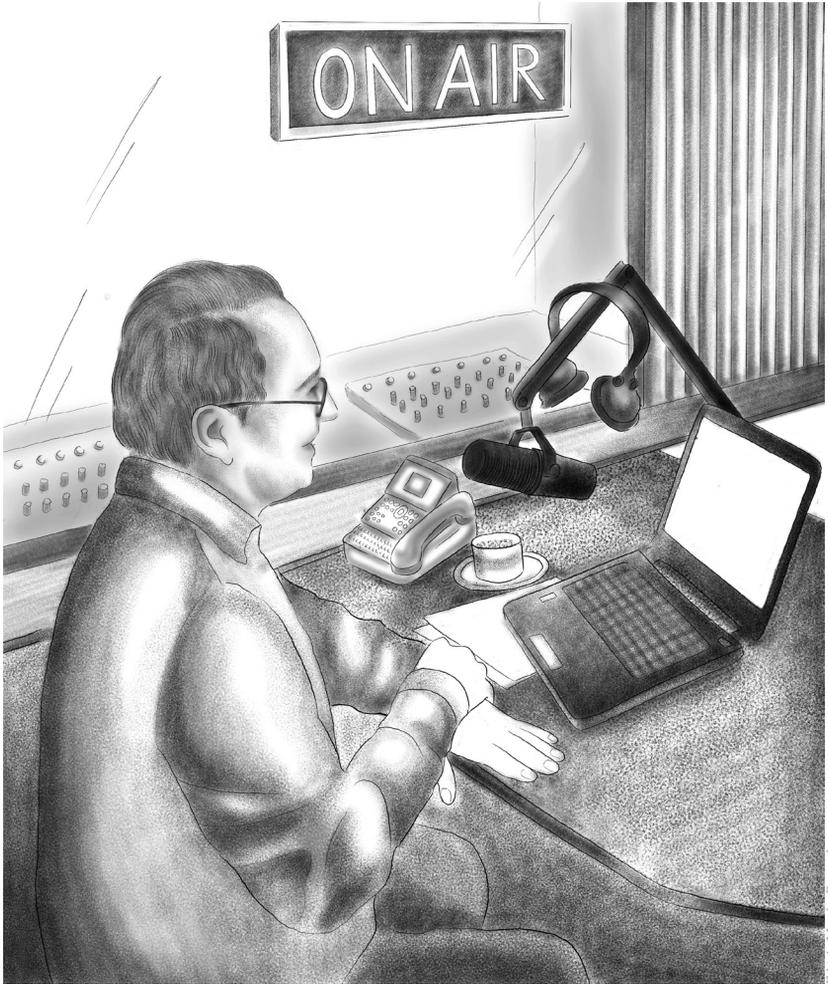
Afortunadamente llevaba muchos años como locutor comercial e informador de cancha, por lo que algo entendía de relato por el contacto semanal con destacados relatores de Concepción. A partir de ese primer relato, me dí cuenta que era una actividad que me motivaba al máximo por lo cual me decidí a dejar la locución comercial para desarrollar mi faceta de relator deportivo, labor que desempeñé por muchos años. Una de mis grandes satisfacciones es haber formado parte del equipo de transmisiones deportivas de radio Universidad, en su señal de Amplitud Modulada, siguiendo la campaña del recientemente creado Club Deportivo Universidad de Concepción en el año 1994, equipo con el cual viajaba a todos los lugares de Chile donde se presentaba el plantel en el campeonato de Tercera División de ese año.

Son historias de días, meses, años, décadas y medio siglo, es decir toda una vida en que el micrófono ha estado ligado a mi existencia en diferentes ámbitos, en las situaciones más increíbles, como por ejemplo relatando carreras de caballo en el Club Hípico, fútbol amateur y profesional, boxeo, basketball para radio y televisión, animando espectáculos, compartiendo escenario con grandes figuras de la canción de nuestro país, locución comercial, desfile de modelos, entrevistas, hasta ceremonias solemnes de matrimonios en dos oportunidades, en fin, muchos lugares y escenarios, que han sido mudos testigos de mi afición y pasión por el micrófono, desde el año 1974 a la fecha.

50 años parece ser un largo camino, pero no lo es tanto considerando que nunca he querido estar alejado del micrófono, que es mi pasión y mi alimento de cada día. Ha sido un camino no exento de dificultades, que pasan a un segundo plano cuando compruebo que han sido muchas más las satisfacciones en este viaje por el maravilloso mundo de la radio. Cada una de estas historias forma parte del anecdotario de tantos años dedicados a la radio, siendo esta compilación, un recorrido por mi vida profesional, que quiero compartir con ustedes.

Queridas amigas y queridos amigos, en este libro pretendo dar a conocer mis vivencias de 50 años en torno a la actividad radial. Les invito entonces a adentrarse en el apasionante mundo de la radio y acompañarme en este mágico viaje, del cual aún no me quiero bajar porque para mí, la radio es una forma de vida que quiero compartir con ustedes a través de los siguientes relatos, en estas “Historias de Radio”.

Se enciende la luz roja, ya estamos en el aire y comenzamos.



Fabrida Morales Retamal

*Elige un trabajo que te guste y no tendrás que trabajar ni un día de tu vida.
(Confucio)*

Voy a contar cinco historias
que en la radio han ocurrido
son recuerdos escogidos
que guardo aquí en la memoria
hablan de una trayectoria
de vivencias imborrables
que mi corazón les hable
y comparta su sentir
les invito a descubrir
anécdotas entrañables

Cadena Nacional de Emisoras



FRÍA NOCHE DE INVIERNO de 1978 y mientras arreciaba la lluvia sobre Concepción, cerca de las 21 horas, estábamos muy atentos el radiocontrolador y yo, porque esa noche había cadena nacional de emisoras y, las cadenas en ese tiempo, eran obligatorias. Cada uno en su puesto, esperando el momento oportuno para conectarse con radio Nacional de Chile.

Teníamos un propio lenguaje de señas que usábamos en forma muy frecuente, por ejemplo para pasar a la tanda publicitaria, para una noticia de último minuto, para algún contacto telefónico y otras situaciones que se dan durante una transmisión en vivo. En este caso, la señal era para integrarse a la cadena nacional. Pues bien, desde la sala de locución veo que el operador Roberto Villar me hace una señal con sus dedos encadenados, lo que me indicaba claramente que radio Inés de Suárez pasaba a integrar Red Nacional de emisoras. Ninguna radio podía negarse a integrar la cadena, como fue la costumbre por muchos años. Hoy, estas cadenas de emisoras son absolutamente voluntarias.

Pues bien, hice la introducción correspondiente y nos conectamos. Acto seguido, Roberto “oveja” Villar, como era su costumbre, comenzó a chequear si todas las radios estaban integradas, con el propósito de avisar a los colegas si alguna emisora no estaba cum-

pliendo con la norma. Comenzó entonces a jugar con el dial y... ¡Oh, sorpresa!, había una radio que estaba difundiendo música, haciendo caso omiso a las disposiciones imperantes por aquellos años.

Rápidamente ubicamos el número telefónico de la emisora en cuestión pero, desafortunadamente, el teléfono estaba ocupado. Pasaron algunos minutos, volvimos a llamar y el teléfono seguía ocupado. Seguramente el colega de radio Interamericana estaba enfrascado en una conversación muy interesante. Dada la gravedad del caso, decidimos llamar a la Compañía de Teléfonos para que interceptaran el teléfono y le avisaran que debía cortar esa íntima comunicación para atender el urgente llamada que le hacíamos desde radio Inés de Suárez. La operadora entendió y le avisó que tenía un llamado importante y urgente. El colega cortó el teléfono y finalmente pudimos comunicarnos.

Pero, mientras esperábamos que contestara, mi colega me pidió que yo dijera que lo iba a comunicar con “mi Teniente”. Dicho y hecho.

–Radio Interamericana, buenas noches.

–Mi teniente, está lista la llamada.

Acto seguido, Roberto toma el teléfono y dice con voz autoritaria:

–Aló, aquí habla el teniente Damiani de la Intendencia Regional. Necesito que me explique de inmediato por qué no está conectado a la cadena nacional de emisoras.

–Mi teniente, por favor, discúlpeme, no fue mi intención, no volverá a ocurrir, le prometo que fue un error involuntario, se lo pido por favor, ojalá que esto no traiga consecuencias, tengo familia.

El hombre se notaba muy nervioso, muy asustado, y mi colega, ya convertido en el teniente Damiani, insistía:

–Mire, señor, esta situación es muy grave. Por tal motivo, usted deberá presentarse mañana a primera hora en la Intendencia Regional, para darme cuenta de lo sucedido. Lo espero a las 8 en punto, ¿me entendió? Pregunte por el teniente Damiani.

–Sí, mi teniente, pero por favor le suplico que esta situación no me traiga consecuencias, soy casado, tengo hijos.

–Esto es grave, pero debe estar tranquilo y que no vuelva a suceder.

–Sí, mi teniente, ahí estaré.

Con absoluta seguridad, el colega tiene que haber llegado a la Intendencia y, al preguntar por el teniente Damiani, se habrá dado cuenta que no era más que una broma muy cruel, pero que reflejaba la realidad que se vivía por aquellos años.

Cadena Voluntaria de Emisoras



ASÍ COMO EN LOS AÑOS 70 existían las cadenas obligatorias de radio y televisión, pensé que sería oportuno darle un pequeño giro a esa costumbre imperante en el país, invitando a las radios de la intercomuna a conectarse en una red que sería absolutamente voluntaria y que entregaría un mensaje diferente, un mensaje de paz, de amor y de unión entre los penquistas.

Se acercaban las fiestas de fin de año, por tal motivo en esta cadena voluntaria no se escucharían mensajes gubernamentales, ni proclamas, tampoco habrían himnos marciales encabezando la transmisión, sino que el tenor sería totalmente opuesto; esta cadena de emisoras sería un canto a la vida y a la esperanza, con un hermoso saludo navideño.

Me di el trabajo de visitar todas las radios de Concepción y Talcahuano para hablar con sus respectivos directores, quienes apoyaron entusiastamente la idea. En ese tiempo todas las radios que se escuchaban en la ciudad, eran de acá, tenían sus estudios en la ciudad y, prácticamente, nos conocíamos entre todos los trabajadores. Todas las emisoras estuvieron de acuerdo en integrarse a esta cadena voluntaria para participar de esta iniciativa, que no era otra que difundir la canción Noche de Paz y entregar previamente un mensaje, para unir a todas las familias del gran Concepción la

noche del 24 de Diciembre. La idea era que en el momento en que la familia estuviera reunida en torno al arbolito de Navidad, esperando la llegada del Viejito Pascuero, compartiendo la cena o intercambiando los regalos, se escuchara al unísono, en todas las radios de la ciudad, esa mágica canción que une los corazones y los inunda de un hermoso sentimiento.

Mi idea era que en esa Noche Buena, en todo Concepción, Talcahuano y todas las comunas aledañas, se escuchara el mensaje y la canción por todas las radios, en la Cadena del Amor, para hacer de esa noche un acontecimiento único, rescatando el verdadero sentido de la Navidad.

Exactamente a las 22 horas de ese día 24 de Diciembre, año 1976, comienza la transmisión. El radiocontrolador, otra vez Roberto “Oveja” Villar, abre el micrófono, se enciende la luz roja y yo digo: “Atención a las emisoras que van a formar parte de la cadena de la paz y del amor, al toque de campanas, sírvanse conectar”. Vino a continuación un muy breve toque de campanas y vino de inmediato una cortina musical navideña, para dar tiempo a las radios para que pudieran integrarse. Mi colega comenzó a chequear las diferentes radios y, con mucha satisfacción pudimos comprobar que estaban todas conectadas. Naturalmente, ese hecho me dio más fuerza y convicción, para leer el más hermoso mensaje que jamás haya dicho frente a un micrófono. Una vez terminado el mensaje navideño, que estaba escrito, y antes de la tradicional canción Noche de Paz, se me ocurrió salirme del libreto y pedir a todos los auditores que subieran el volumen de su receptor, que abrieran sus ventanas y se prepararan para cantar con sus familias. La idea era que todo el gran Concepción fuera una sola voz, una sola canción y las personas se unieran, en momentos en que el país estaba muy polarizado.

No sé si se logró el objetivo, pero sí sé que valió la pena el intento y que para mí, fue mi Noche Buena más recordada.

Cantores que reflexionan



SIEMPRE ME INTERESÓ apoyar el mérito y el talento de quienes eran capaces, con la fuerza de su voz y su guitarra, de expresar su sentir, sus ideales y convicciones, por medio de los versos y del canto. Esta labor, que sigo realizando hasta hoy, comenzó en radio Inés de Suárez cuando se iniciaba la década de los 80. El programa tomó su título prestado de una canción de Violeta Parra “Cantores que reflexionan”, y aquí tenían su espacio todos aquellos cantautores que tuvieran una propuesta reflexiva, una crítica social y un mensaje de esperanza en esos años de dictadura.

A fines de los años 70, comenzaron a surgir diferentes cantores formando un selecto grupo que se atrevía a mostrar sus propuestas en diversos escenarios penquista que, tímidamente, aparecían en la escena musical de la ciudad y que atraían cada vez más público, gente ávida de escuchar a estos jóvenes talentos locales encabezados por Pablo Ardouin, quien marcó una huella que siguieron trovadores como Carlos Justiniano, Fernando Vásquez, Freddy Olmos, los Hermanos Millar, el dúo Madrugar, Nelson Álvarez “El Canela”, Mario di Marco y varios más, cuyo compromiso y propuesta musical tenían muchos seguidores.

Eran jóvenes que se atrevían a alzar sus voces para denunciar los acontecimientos de la época, integrándose desde Concepción a una corriente musical y cultural, que ya marcaba presencia en otros lugares de Chile y de América. Era un canto valiente y comprometido, que, aparte de algunas radios, se podía escuchar en escenarios como la Parroquia Universitaria, la Sociedad de Carpinteros y Ebanistas, la Sexta Compañía del Cuerpo de Bomberos de calle Las Heras y algunos centros culturales que funcionaban al alero de parroquias y Juntas de Vecinos.

Este programa se transmitía cada domingo a las 22 horas y durante 60 minutos se escuchaban cantautores internacionales, nacionales y regionales, en ese orden. Estos últimos llegaban a los estudios de la radio con sus cassettes o con sus guitarras para cantar en vivo. Durante dos años tuve la oportunidad de compartir con este selecto grupo de artistas, quienes también se escuchaban en el programa “Hermano Americano” de Mario Alejandro Sanhueza en radio Almirante Latorre, o en “América Morena Mía” de Ernesto Yáñez, en radio Talcahuano.

En el año 1983, ya trabajaba como docente en el Liceo Vicente Palacios de Tomé, y me integré a la radio de la ciudad, aprovechando mi viaje diario a la ciudad textil. Allí decidí reeditar este programa y para ello, comencé a adentrarme en el quehacer cultural de la vecina comuna, un quehacer muy intenso, con mucha actividad ligada a la plástica, las letras y la música. El programa mantuvo su nombre pero ahora con un tinte más local, en donde la principal figura era Chamy Venegas y sus amigos cantores.

El programa se transmitía diariamente a las 18 horas, en vivo, porque participaban muchos cantantes y escritores tovecinos. Cierta día, debí volver más temprano a Concepción, así que me vi en la obligación de dejar el programa grabado. Subo al 1.8, línea de

colectivos que hacían el recorrido Tomé-Concepción, justo en el momento en que estaba comenzando el programa que, justamente, el conductor del taxi estaba sintonizando. Escucho la característica musical, que era por supuesto la canción de Violeta Parra, y se anuncia: “Radio Tomé presenta... Cantores que Reflexionan..., un encuentro diario con nuestra gente y nuestro canto”.

Me dispuse a escuchar el programa, ya conociendo las canciones que yo mismo había seleccionado. A mi lado viajaba una joven mamá con una niña de unos 8 años, quien al escuchar el nombre del programa le preguntó: “Mamá, ¿por qué dicen Cantores que reflexionan?”. Al escuchar la explicación de la madre, tan simple pero tan clara, me di cuenta que el objetivo del programa estaba cumplido.

Panorama Folklórico



MANTENER VIGENTES nuestras tradiciones y nuestro patrimonio cultural, ha sido desde siempre una de las misiones de radio Universidad de Concepción con la cual yo me identifico plenamente. Para lograr este objetivo, la emisora mantiene en el aire tres programas folklóricos, con características muy diferentes, aunque hermanados en el afán común de preservar la herencia musical y cultural legada por nuestros ancestros, buscando que nuestros auditores conozcan y sepan valorar la música tradicional urbana y campesina, conociendo además a nuestros cultores.

Uno de estos programas, llamado “Chile, tradición y costumbres”, es conducido por la emblemática locutora, libretista y profesora Sra. Elvia Vergara y apunta a mostrar diferentes personajes de la tradición, la cultura gastronómica de diferentes regiones de Chile, historias y leyendas de diferentes pueblos y ciudades, diferentes costumbres y cantos de diferentes lugares del país.

Otro de los programas folklóricos de la radio se llama “Chile, su Gente, su Música”, donde tengo la posibilidad de mostrar a diferentes cultores regionales y nacionales, muchos de ellos cantando en vivo.

El tercer programa es el que más quiero, porque ha significado para mí un enorme desafío, ya que tuve que adentrarme en el

conocimiento de la Décima, una de las formas de la poesía muy arraigada en el folklore chileno, formada por diez versos octosílabos, que tiene su origen en España y que llegó a Chile para ser parte de nuestro acervo cultural. Para ello, participé en un curso dictado por el conocido payador y poeta popular Fernando Yáñez, hoy un gran amigo, en Artistas del Acero. Fernando me enseñó los secretos de esta forma de hacer versos. En este programa me aparto totalmente de mi forma habitual de conducir programas, lo que sin duda me motiva y me hace disfrutar aún más de la radio. En este curso, tuve la oportunidad de conocer a otro enamorado de la poesía popular, don Juan de La Cruz Farías, quién se integró al programa para potenciarlo y darle ese carácter genuino de programa folklórico por su forma de declamar sus propios versos, enfrentándonos muchas veces en competencias de versos que resultan muy entretenidas para nosotros y, creo, también para los auditores.

En este programa hemos tenido la fortuna de contar con la presencia de muchos payadores y poetas populares, como el propio Fernando Yáñez, Hugo Harrison, Héctor Ramírez, Antonio “Torito” Contreras, Raúl Jara “El Afuerino”, José Pablo Catalán, Manuel Sánchez, Pancho Legüero y tantos otros.

Es muy grato para mí, tomar contacto con las autoridades de cada comuna, quienes participan activamente de las entrevistas, incluso algunos se dan tiempo para venir a los estudios para invitar personalmente a sus respectivas comunas. Me doy cuenta del enorme respeto y cariño que tienen hacia la emisora y hacia el programa en especial, un programa que ya lleva cerca de 20 años en el aire, que comenzó como una sección del Panorama Musical y que se ha ido consolidando en la parrilla programática de radio Universidad, extendiéndose a 30 minutos y luego a sus definitivos 60 minutos de programa, con historias campesinas, leyendas, refranes, entrevistas, música chilena y las infaltables décimas del poeta popular Juan de La Cruz Farías.

Nuestra cultura popular tiene hermosas tradiciones, que van muy de la mano con la idiosincrasia nacional, cuya música, sus bailes, sus instrumentos, sus fiestas, son resaltados en Décimas, por medio de las cuales hacemos mención de las diferentes actividades costumbristas de las regiones de Biobío y Ñuble, manteniendo un estrecho contacto con las autoridades y artesanos de todas las comunas en donde se realizan estos eventos, que son acontecimientos relevantes para la economía local, en donde la artesanía, la gastronomía, los productores y artistas, tienen un rol fundamental. En muchos de estos eventos voy a participar con mi grupo de música ranchera, interpretando un repertorio tradicional del cancionero mexicano.

En una de estas fiestas, en Coelemu, después de la actuación de mi grupo en la plaza del pueblo, con ocasión de la Fiesta de la Tortilla, faltando 15 minutos para las 7 de la tarde, invité al escenario al poeta Juan de La Cruz para que recitara alguno de sus poemas a la gran cantidad de público presente. Causó tal aceptación que los espectadores enfervorizados, no se movían de la plaza, a pesar de las campanadas de la iglesia anunciando la misa, próxima a comenzar. La gente no se movió hasta que terminó la actuación del poeta con versos propios y con “La madre del Cordero”, por lo que según se comentó, medio en serio medio en broma, que el cura párroco tuvo que atrasar algunos minutos la misa. Concluida la presentación, partieron todos en masa a la iglesia

Retreta



CRECÍ EN TORNO A LOS HIMNOS y marchas militares, en el campo militar Chumay, del regimiento de Artillería “Miraflores” de Traiguén, en donde el sargento José Morales, mi padre, era instructor. Mi infancia estuvo rodeada de marchas e instrucción militar, siguiendo atentamente las órdenes del papá y marchando con mi hermano, al final de la tropa. Como era un parque y campo militar, los conscriptos debían cumplir con mantener los cuidados de sembradíos del campo y los cuidados del parque, que era paseo obligado de la comunidad los fines de semana. Recuerdo muchas mañanas acompañando al cabo Ortega en su tractor, recorriendo las varias hectáreas del campo. Todo estaba predestinado para que yo siguiera la carrera militar, sin embargo mi vocación iba por otro lado.

Llegué a Concepción a estudiar Pedagogía en Francés en el año 1974 y comencé a sintonizar las diferentes radioemisoras que existían en la intercomuna. Todas eran radios de Amplitud Modulada y transmitían sus programas mayoritariamente en vivo, con un inconfundible sello local, resaltando los acontecimientos de la ciudad.

La radio de moda, principalmente entre la juventud, era radio Inés de Suárez, sucesora de radio Araucanía, que transmitía desde

sus estudios ubicados en la Galería del Cine Regina, en el cuarto piso de Barros Arana 340. Era mi radio preferida, aunque siempre tenía tiempo para escuchar las otras alternativas como radio El Sur, radio Interamericana, radio Biobío, radio Nacional de Chile, Caracol, Universidad Técnica y Universidad de Concepción, ubicada en ese entonces, en calle O'Higgins 1061, además de las dos radios de Talcahuano, ambas de mucha tradición y de gran sintonía. Radio Almirante Latorre, con su emblemático programa México Canta, conducido por Magaly Almendras y radio Talcahuano con la voz inconfundible de Benito Rocha, todo un personaje en el mundo de la radiodifusión

Me llamó poderosamente la atención un programa que escuchaba los días Domingo en la mañana, cuando no viajaba a Angol. Era conducido por Francisco Miguieles y estaba destinado a difundir himnos y marchas militares. ¡Qué magnífica oportunidad para recordar mi lejana infancia! El programa se mantuvo en el aire por varios años y desapareció con el fallecimiento de su conductor y creador.

Cuando ya era locutor de planta de la emisora, revisando su extensa discoteca, me encontré con gran cantidad de discos de diferentes bandas chilenas y extranjeras. Naturalmente vino a mi memoria el desaparecido programa "Retreta" y se me cruzó por la mente la idea de reeditararlo, sabiendo que mucha gente iba a volver a vibrar con los sonos militares. Lo conversé con el Director de entonces, don Hernán Miller, quién estuvo de acuerdo, por lo que me dí a la tarea de seleccionar marchas, preparar libretos, buscar material en libros de historia, porque el programa no solamente iba a difundir marchas sino que también iba a recordar hechos y personajes de nuestra historia, los aniversarios de nuestras instituciones armadas, las anécdotas de José de San Martín, las aventuras de Manuel Rodríguez, las proezas de Bernardo O'Higgins, cuentos militares de Olegario Lazo Baeza y la historia de las unidades militares de la ciudad y de la Segunda Zona Naval.

Me contacté con los departamentos de Relaciones Públicas del Ejército, de la Armada y de Carabineros de Chile, en donde encontré una excelente recepción, ya que no solamente me entregaban información sino que también discos y cassettes, grabados incluso por las propias bandas locales especialmente para radio Universidad. Incluso la banda del Regimiento Chacabuco me invitó en algunas oportunidades a sus ensayos y grabaciones, compartiendo con los músicos muchos momentos de camaradería. Por cierto, lamenté mucho el fatal accidente ocurrido el año 2006, en las cercanías de Cañete, cuando la banda se dirigía a esa comuna para participar de una ceremonia aniversario. Muchos amigos fallecieron en ese accidente.

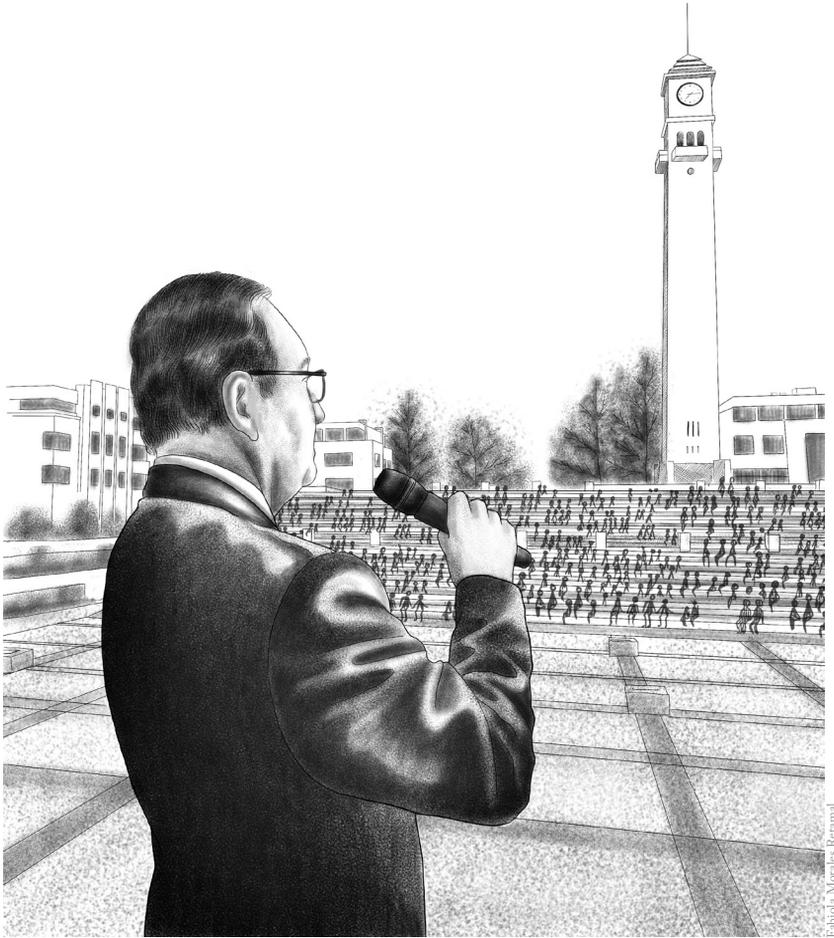
Los momentos de emoción volvieron cuando me invitaron a participar, tiempo después, de la presentación de la nueva banda del regimiento Chacabuco, donde participaron algunos sobrevivientes, más los nuevos músicos, la mayoría provenientes del regimiento Húsares de Angol. Fue un evento lleno de emociones, recuerdos, lágrimas y, por cierto, lleno de música.

Mención aparte a la permanente colaboración del Capitán de Carabineros Rolando Molina, jefe de la SIAT de Concepción, quien me apoyó con abundante material bibliográfico y discográfico. Hicimos campañas de Educación de Tránsito y postuló mi nombre al Premio Nacional de CONASET, galardón que obtuve en el año 2000, por mi aporte a la prevención de accidentes del tránsito. El material facilitado por el Capitán Molina, lo iba a buscar un carabinero los lunes por la mañana. En cierta oportunidad, se me ocurrió preguntarle a ese carabinero si sus colegas escuchaban el programa, a lo que me respondió:

¿Qué si lo escuchamos? Tenemos orden de escucharlo en todas las unidades y en todos los móviles.

Si bien es cierto, era un programa educativo, cultural e histórico, comprendí cuando el nuevo Director de la emisora me señaló

que las marchas militares podrían herir, violentar y hacer sufrir a muchas personas, víctimas o familiares de víctimas de la dictadura, que podrían verse afectados con el recuerdo de aquellos aciagos años. Muy a mi pesar, se apagaron los himnos y marchas militares en radio Universidad.



Fabola Morales Retamal

*Dichoso es aquel cuya profesión coincide con su pasión.
(George Bernard Shaw)*

Siempre ha sido cautivante
el mundo del escenario
tengo hermoso anecdotario
desde que era un estudiante
micrófonos y parlantes
las luces, los instrumentos
son mi mundo, mi alimento
mi habitat natural
es un espacio vital
con historias que ahora cuento

Titulaciones



ACCEDER A UN TÍTULO PROFESIONAL no es una meta fácil, pero tampoco inalcanzable. En la educación, formación y conocimiento, están las claves para alcanzar el éxito personal. Por este motivo, resulta tan significativo, no solamente para el estudiante, sino que también para su familia y entorno. De ahí la importancia que reviste la ceremonia de titulación, que representa la culminación de una etapa de la vida y de un desafío ya superado.

Esta satisfacción se ve dibujada en los rostros de todos quienes son protagonistas de este tipo de eventos, porque son ceremonias muy emotivas, plenas de sentimiento y con la satisfacción del deber cumplido. Aquí, el papel del conductor resulta vital porque debe estar totalmente compenetrado del momento que se está viviendo, para crear el ambiente necesario y la atmósfera adecuada, para que cada una de estas ceremonias resulten inolvidables.

He vivido en carne propia lo que significa para un padre, ser testigo de estas ceremonias, con una hija como protagonista.

Sin duda, una gran satisfacción que he tenido el privilegio de vivir, al haber participado como locutor en las ceremonias de titulación de mis hijas. Un sueño cumplido, gracias hijas.

Desde el año 1978 que participo en este tipo de eventos en diferentes Universidades, Centros de Formación Técnica e Institutos Profesionales de la región de Biobío y Ñuble. En cada una de estas instituciones, las ceremonias tienen su sello propio, por lo que hay que estar muy concentrados, siguiendo los protocolos de cada Casa de Estudios. Pero lo que sí es cierto, es que en cada una de ellas, afloran los más hermosos sentimientos, recuerdos y testimonios, en ceremonias de máxima solemnidad pero a la vez muy cálidas y emotivas, en donde la música juega también un papel muy protagónico porque contribuye a darle realce a estas ceremonias. Claro, más allá de las palabras y de los diplomas, las emociones profundas pueden expresarse también por medio de las notas musicales.

Sólo una vez no hubo intermedio musical. Fue en la titulación de la carrera de Educación Física de la Universidad de Concepción y en donde, en forma muy atinada, los profesores encargados prepararon una sorpresa, con alumnos de la carrera que ofrecieron a sus compañeros egresados y al público presente, una hermosa revista de gimnasia, que fue muy aplaudida.

En el momento de la entrega de títulos, habitualmente se escucha una melodía que corresponde a la famosa marcha titulada Pompa y Circunstancia del compositor británico Sir Edward Elgar.

Hay dos ceremonias que recuerdo claramente porque estuvieron cargadas de emoción y de lágrimas, coincidentemente ambas en la carrera de Medicina, donde son los propios padres que entregan el diploma a sus hijos e hijas. Hace varios años, una semana antes de la ceremonia, un accidente cerca de la comuna de Los Sauces, en la provincia de Malleco, le costó la vida a un estudiante próximo a titularse. A pesar del dolor, los padres se hicieron presentes en la ceremonia y subieron al escenario a recibir el título del hijo fallecido.

Reciben el diploma de manos del Decano y se arrodillan en el centro del escenario mostrando el título hacia lo alto. Mientras eso ocurría, tuve que informar al público de lo ocurrido algunos días antes, en un texto que no pude terminar de leer.

En Enero de 2018, se produjo también una situación emotiva, cuando al nombrar a los dos padres, veo que viene uno solo portando un paquete bajo el brazo. Pensé que era un regalo y que la madre no había querido subir. Al momento de entregarle el título a su hijo, el padre abre el misterioso paquete y era la fotografía de la mamá del estudiante, fallecida hacía poco tiempo. La escena del padre y su hijo llorando abrazados a la foto, fue desgarradora. Abrazo que fue acompañado de un respetuoso silencio.

Llevo muchos años conduciendo las ceremonias de titulación de diferentes carreras de la Facultad de Medicina, desde que, a comienzos de los años 80, me contactara el Decano Dr. John Pomeroy Franklin. Cierta día me invitó a su oficina, en el entonces Arco de Medicina, para proponerme que asumiera la conducción de las ceremonias de su Facultad. Me contó que había visto mi desempeño en ceremonias universitarias y que tenía interés en que me hiciera cargo de las titulaciones de las diferentes carreras de la Facultad. Sin duda, acepté la propuesta del Decano, una persona muy afable, muy cordial y de mucho ángel y carisma. Me informó que la ceremonia era dentro de una semana y que debía cuidarme porque andaba algo disfónico. Lo voy a examinar, me dijo, porque necesito que esté bien. Así que procedió a desarrollar su rol de médico. Después del examen, sacó un medicamento de su escritorio y me dijo:

—Con esto va a estar en óptimas condiciones, quiero que todo salga bien, así que usted no puede andar con problemas de salud.

Acto seguido me preguntó:

—Bueno, ¿y cuánto me va a cobrar por sus servicios?

–Lo mismo que cobro en todas las ceremonias, Sr. Decano, 20 mil pesos.

–Muy bien, como la consulta vale 10 mil, le voy a cancelar la diferencia, que corresponde a la suma de 10 mil pesos.

Al verlo tan serio y convencido de lo que estaba diciendo, supuse que era lo correcto y acepté. Cuando el Decano explotó en risas, me di cuenta que había sido víctima de su fino humor británico.

Mi titulación



DESDE EL AÑO 1978 hasta la fecha, participo como Maestro de Ceremonias, en la titulación de diferentes Facultades de la Universidad. Especial motivación han tenido para mí, las titulaciones de la Facultad de Educación, que fue por muchos años mi Facultad, donde me formé como profesor, pudiendo conocer y experimentar los procesos de aprendizaje en un marco de excelencia. Bueno, para nadie es un misterio que ser un egresado de la UdeC, es un privilegio y un plus en el ejercicio de su vida profesional.

El rol que cumple el Maestro de Ceremonias es fundamental para lograr el ambiente emotivo y solemne que una ceremonia de esa naturaleza requiere, pero sin tratar de quitar protagonismo a quienes son los verdaderos actores de esos eventos, que son los egresados y egresadas. Es un momento único, muchas veces irreplicable, en la vida de los estudiantes y sus familias, que representa el término exitoso de una etapa de sus vidas, con la satisfacción del deber cumplido. Esa frase la tengo grabada desde siempre y a fuego, porque fue lo que mi padre me inculcó desde pequeño, agregando otra frase que tampoco se me olvida y que se aplica plenamente al terminar exitosamente una etapa de estudios, en donde se demuestra “el amor al sacrificio”.

Siendo aún estudiante de la Facultad, me correspondía conducir las ceremonias de titulación de los nuevos profesores. Naturalmente en esas circunstancias, mi labor era absolutamente diferente a la que cumplía en el Foro o en la Casa del Deporte, con ocasión de las fiestas universitarias y espectáculos musicales. En una era el conductor seguro, cálido, que transmitía emoción en la lectura de los libretos. En la otra, no había libreto y yo era el animador, el anfitrión, quien conversaba con las candidatas a reina y presentaba a los artistas que venían a compartir con los estudiantes. Creo que cumplía bien en ambas funciones, con características tan diferentes. Esa dualidad de funciones me permitían desarrollarme y consolidarme cada día más en mi profesión, hasta hoy, que aún sigo ligado a los eventos aunque ahora solamente a los de tipo formal y académico.

Junio del año 1981 es la fecha en que me correspondió recibir mi título profesional como egresado de la Facultad de Educación y del Instituto de Lenguas, en donde cursé mi carrera de Pedagogía en Francés.

Como era costumbre, un par de semanas antes me llama el coordinador de estas actividades, profesor Carlos Rojas, para señalarme que ya está todo listo y preparado para la ceremonia de titulación y que debo preparar el libreto, entregándome para ello, el programa correspondiente. Fue en ese momento en que le comuniqué que, lamentablemente ese año, no podía apoyarlo porque me correspondía a mí recibir mi título de Profesor de Estado.

Casi sin pensarlo, don Carlos me dijo:

—Todo lo contrario, Sergio; es una oportunidad única que te ofrece la vida, piensa en la enorme satisfacción de tus padres, piensa en la emoción que va a despertar en el público, en las autoridades universitarias que te conocen, y en nosotros, tus profesores, que te queremos y admiramos porque has sabido cumplir satisfac-

toriamente en los dos frentes, en tus estudios y en tu trabajo en la radio.

Un abrazo afectuoso selló mi compromiso de asumir la locución de la ceremonia, mi propia ceremonia. Llegó el día y comienzo a nombrar a mis compañeros de promoción:

–Reciben su título profesional: Juan Astorga, Graciela Carro, Milton Jara, Felipe Medina, Max Michel, Sergio Morales...

Se produjo un silencio, dije “permiso”, y me dirigí al centro del escenario para recibir mi título. Me emocionó el aplauso del público, sobre todo el aplauso de mi padre que estaba presente. Sentí que había cumplido con él, sentí la satisfacción del deber cumplido y de haber aplicado lo que él siempre me inculcó “Amor al sacrificio”.

Municipales



EJERCÍ COMO MAESTRO DE CEREMONIAS por muchos años en las Municipalidades de Concepción, San Pedro de La Paz, Penco y Tomé. Tuve la oportunidad de llegar a muchos barrios de esas comunas, para participar en diferentes eventos, inauguraciones, aniversarios, desfiles, ceremonias oficiales, siempre acompañando a los alcaldes de turno.

Don Jaime Soto, ex alcalde de San Pedro de La Paz, acostumbraba llegar sin corbata a las ceremonias de los barrios y me pedía que yo no vistiera tan formal en los eventos vecinales. Yo ya sabía que cuando debía acompañar al Alcalde en alguna población, debía vestir lo más casual posible, nunca con corbata y ojalá sin chaqueta. En una oportunidad me llama Ulises Lari, periodista encargado de Relaciones Públicas, para comunicarme que debía presentarme dentro de tres días en una ceremonia en San Pedro de La Costa, un barrio que estaba recién consolidándose en el populoso sector de Boca Sur, sector en dónde yo había ido en muchas oportunidades, para inaugurar una plaza que se iba a llamar Plaza Canadá.

Respetuoso de la tradición emanada de la propia alcaldía, me presenté naturalmente en tenida informal, sin chaqueta y sin corbata. Prueba de sonido con los amigos de SONO, un llamado a los

vecinos a acercarse al lugar de la ceremonia y a esperar la llegada del Alcalde para dar comienzo a la actividad. De pronto se acerca una Van, se estaciona cerca del escenario y desciende el Sr. Alcalde, impecablemente vestido, con terno y corbata, al igual que sus acompañantes, entre ellos nada menos que el embajador de Canadá en Chile y su esposa.

¿Qué hacer? Rápidamente Remigio Chamorro, encargado de prensa, se saca su chaqueta y me la pasa. Claro, no venía muy bien con el color de mi camisa y me quedaba un poco estrecha. Acto seguido, Ulises Lari me ofrece su corbata, que tampoco estaba muy en el tono. No sé cómo me veía, lo cierto es que fui objeto de burlas por parte de estos amigos periodistas de la municipalidad. Lo bueno es que pude estar vestido conforme a la solemnidad de la ocasión.

También conocí a gente muy valiosa en la Municipalidad de Concepción en donde participé por muchos años en eventos comunales, tanto en el Salón de Honor, como en diferentes barrios penquista, en donde pude comprobar en terreno, el importante rol que cumplen los dirigentes vecinales, promoviendo diferentes obras de adelanto para sus comunidades. Cierta vez, la Alcaldesa Jacqueline van Rysselberghe concurrió a un sector de Barrio Norte, para inaugurar la nueva sede de la Junta de Vecinos, en donde el Presidente, un señor de avanzada edad, no cabía de gozo por haber logrado ese anhelo de los vecinos, también muy complacido por la presencia de la primera autoridad comunal. Al hacer uso de la palabra para agradecer la gestión municipal, se deshizo en palabras de elogio hacia la Alcaldesa.

Quiero agradecer profundamente a nuestra querida Alcaldesa, tan hermosa, tan cariñosa, por haberse preocupado de nosotros y por venir a visitarnos hoy, y siendo yo de una postura política totalmente diferente, quiero pedirle a Dios que me dé vida para votar por ella en las próximas elecciones porque es tan linda, tan

preocupada de los vecinos y con un trato tan cariñosos hacia nosotros.

La Alcaldesa escuchó emocionada y al terminar las palabras del dirigente, se fundieron en un abrazo, mientras muchos vecinos y vecinas secaban sus lágrimas.

Cuando me correspondió despedirlo, dije: “Fueron los pirop..., perdón, las palabras del Presidente de la Junta de Vecinos”.

Y los llantos de emoción se transformaron en risas.

Ciertamente, quienes se dedican a la actividad pública, deben ser personas muy respetuosas y muy empáticas, manteniendo un vínculo cercano con la ciudadanía que los elige. Lamentablemente, no todos actúan así.

En una oportunidad, también en Barrio Norte, cerca de la plaza Los Troncos, se inauguraba una pavimentación participativa de calles, naturalmente con una pequeña ceremonia. Todos los vecinos y sus dirigentes reunidos, esperando al Alcalde, un conocido médico de Concepción. Antes de comenzar la actividad, la Presidenta de la Junta de Vecinos se acerca y me cuenta que dos vecinas del sector quieren agradecer al Alcalde por su gestión y han preparado una canción para dedicársela. La consulta correspondiente con el encargado Pablo Alvarado, quien autoriza agregar el número musical en el programa. Durante el desarrollo de la ceremonia, saliéndome del libreto, le hablé directamente al Alcalde para contarle lo que habían preparado para él, como una forma de testimoniar su reconocimiento y agradecimiento por su gestión. Anuncio a las dos vecinas, dos personas ya mayores, se instalan con sus guitarras frente a la testera donde estaba el Alcalde y comienzan a cantarle. Justo cuando estaban empezando a cantar, suena el celular del homenajead, quien, en lugar de apagarlo, lo contesta, les da la espalda a las vecinas y se pone a conversar animadamente ignorando absolutamente el gesto de las vecinas.

Incredulidad entre los presentes y una enorme pena por las vecinas que se retiraron muy decepcionadas al comprobar la arrogancia y mala educación del Edil de turno

Sofía Loren en Concepción



DURANTE MUCHOS AÑOS, en la década de los 80 y 90, trabajé para la agencia CIMA Publicidad, liderada por don Enrique Bocaletti, un talentoso pintor llegado desde Italia a Concepción, en donde fue reconocido además de pintor, como un exitoso e ingenioso publicista, encargado de llevar la publicidad de Falabella. De ser la voz comercial de la tienda, pasé a convertirme en el animador de todos sus eventos, como aniversarios, desfile de modelos, lanzamiento de productos, fiestas infantiles y locutor comercial de la tienda, destacando las ofertas y promociones, labor que realizaba por medio de grabaciones semanales, por mis labores en radio y en el Liceo de Tomé.

Fue en esa tienda, a comienzos de los 80, donde se inauguró la primera escalera mecánica en una gran tienda. Sin duda, fue todo un acontecimiento social en la ciudad y que contó con la presencia, nada menos, que de la famosa actriz italiana Sofía Loren, a quien tuve el gusto de saludar. La ciudad consternada por el despliegue policial y de prensa, las autoridades de la región y de la ciudad presentes y el público que se agolpó en la calle Barros Arana para ver a la diva del cine italiano, una de las actrices más destacadas de la segunda mitad del siglo 20, sin duda una gran estrella para un gran evento en la ciudad. Creo que fue uno de los eventos más

glamorosos en que he participado, con la alta sociedad penquista en pleno, en un evento único e irrepetible.

Mi rol era importante, pero estaba muy tranquilo porque había una gran cercanía con los ejecutivos de la empresa y allí me sentía como en casa, por lo que hacer el papel de anfitrión, no resultaba muy difícil. Fue impresionante verla subiendo por la escala mecánica junto a ejecutivos y autoridades. Mi cercanía e identificación con esta tienda duró muchos años, aunque mi fidelidad tambaleó un tanto. Un día se acercó a radio Inés de Suárez, un señor que venía de Los Ángeles y que se presentó como el dueño de Grandes Tiendas La Estrella.

Su visita obedecía al hecho de convencerme para que grabara una campaña publicitaria que tenía que ver con la remodelación de su tienda. Vengo desde Los Ángeles, me dijo, porque quiero que usted sea la voz de esta campaña, lo he escuchado en los avisos de Falabella y es justamente la voz que necesito.

Naturalmente le dije que era imposible ya que, si bien es cierto no tenía contrato de exclusividad, ni con la agencia ni con la tienda, era lógico suponer que no podía participar de otras campañas porque la gente asocia la voz con el producto que se publicita.

Mire, me dijo, es una campaña muy breve, nada más que una semana y se va a escuchar solamente en Los Ángeles. Le insistí que no podía y que realmente era una pena que perdiera el viaje pero que no podría apoyarlo.

En ese momento, el hombre se la jugó y sacó de su camisa un fajo de billetes de 10 mil pesos, que estaban recién apareciendo, diciéndome:

—Es que yo pensé que... a lo mejor... usted se interesaría...

—¿Cuánto tiempo me dijo que duraba la campaña?, ¿una semana solamente? Bueno..., en ese caso...

En ese momento me di cuenta que es difícil negarse cuando hay de por medio una poderosa razón. En realidad, este epílogo no habla muy bien de mi integridad, aunque igualmente fue un dinero ganado honradamente, aunque con un sentimiento de culpa.

Tres anécdotas en escenarios



I

PARQUE ECUADOR DE CONCEPCIÓN, Feria Internacional de Arte Popular, mucha gente después de visitar los puestos de artesanía, llegaba hasta el escenario que se ubicaba a los pies de la Cascada. Una noche se presentaba uno de mis grupos favoritos, Bordemar, una agrupación chilota de música tradicional del sur de Chile, sin duda una banda de excepción.

Comenzaron su actuación a eso de las 21 horas, y estuvieron maravillando al público con su hermoso y conocido repertorio por cerca de una hora. Cuando se estaban despidiendo con su última canción, aparezco en el escenario con muchas ganas de seguir escuchándolos.

—¿Quieren más Bordemar?

—¡ Sí! —decía el público enfervorizado.

—Entonces... con el aplauso del público, ¡vuelve Bordemar!

Interpretan una canción más y se retiran, eran las 22:15 horas, y yo con deseos de seguir escuchándolos.

—¿Vamos a dejar que se vayan?

–No –gritaba el público.

–Nuevamente con ustedes... Bordemar.

Cuando volvían al escenario, Jaime Barría, el Director del grupo, se me acerca y me dice al oído:

–Tenemos bus a las 23 horas.

Una última canción cortita y partieron raudos al terminal de buses.

II

AUDITORIO DE LA Universidad de Concepción, ceremonia de titulación. Pocos segundos antes de comenzar, mi amigo fotógrafo Guillermo Acuña, me mira de pies a cabeza y me dice:

–Sergio, ¿qué pasó, mira como andas, por qué andas tan mal presentado?

Yo me arreglaba la corbata, me miraba los zapatos, me arreglaba el pelo y no entendía nada.

–¡Mírate, por favor, cómo andas vestido, mira cómo anda la gente!

Al mirar al público, me di cuenta que ningún profesor ni alumno andaba con corbata, ni menos usaban terno, algunos con guayabera, otros con chalas, polera, la camisa afuera, la gran mayoría con jeans, chombas chilotas, en fin..., toda la vestimenta absolutamente informal.

Claro, yo, con terno y corbata, andaba muy mal presentado en la ceremonia de titulación de la carrera de Antropología.

III

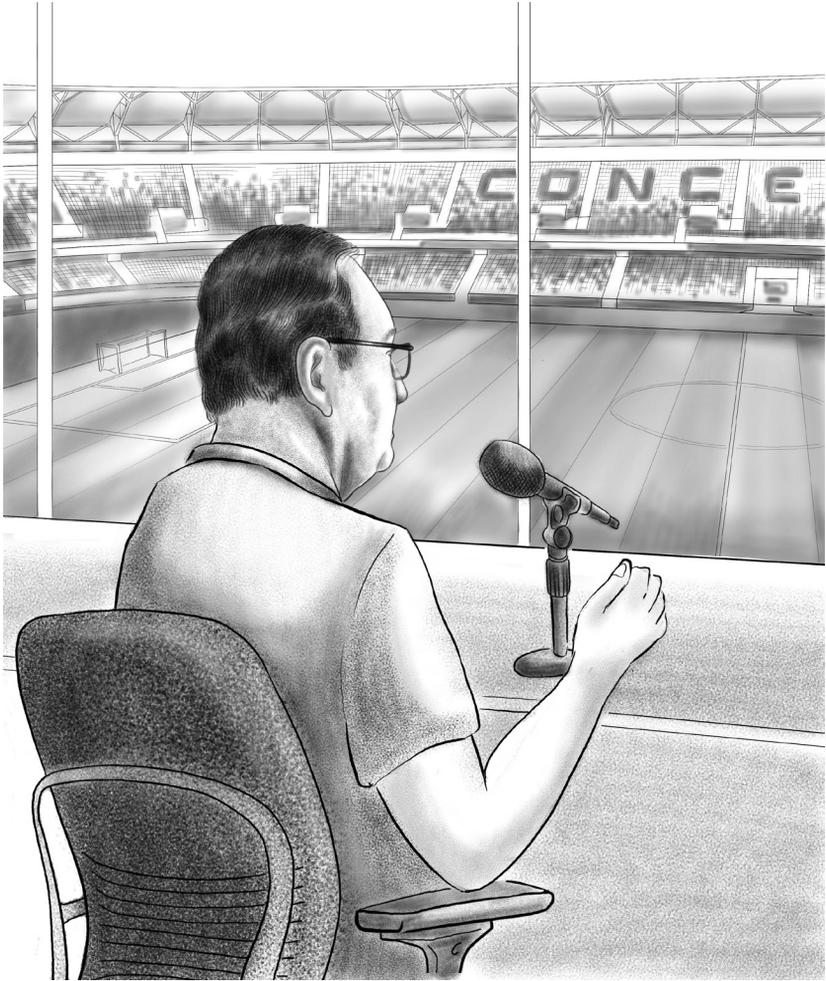
EN UNA FUNCIÓN de gala, se presentaba el gran tenor chileno Tito Beltrán. Mucho público acudió al evento para disfrutar del canto lírico.

La orquesta de Cámara preparada, el sonido ya se había probado y era el momento de anunciar al artista. Aparezco en el escenario y anuncio al tenor con un breve detalle de lo que se iba a escuchar en la primera parte, que iba a estar dedicada a canciones tradicionales chilenas y latinoamericanas. Estábamos de acuerdo en que habría un pequeño intermedio para el descanso y el cambio de vestimenta.

Al comenzar la segunda parte, estando ambos en el escenario, Tito Beltrán comienza a anunciar lo que se venía en la segunda parte en donde iba a interpretar arias de conocidas óperas, estableciendo un diálogo con el público, diálogo al cual me sumé. Seguramente fue un instante muy ameno y enriquecedor para el público. Lamentablemente, el maestro parece que se molestó un poco porque me dijo:

–Sergio, me estás quitando protagonismo.

Seguramente Tito Beltrán no sabía que llevaba años presentando música clásica y que en materia de canto lírico, algo conozco.



Fabíola Morales Retamal

*La única forma de hacer un buen trabajo, es amar lo que se hace.
(Steve Jobs)*

Muy ligadas al deporte
recuerdo historias de radio
en diferentes estadios
yo también hice mi aporte
el relato fue mi norte
desafío superado
me creo un afortunado
porque esta profesión
más que trabajo es pasión
y aún me tiene fascinado

Primer relato deportivo



LLEVABA UNOS CUANTOS AÑOS realizando diferentes labores en programas deportivos, viviendo desde adentro la adrenalina de una transmisión deportiva en directo desde los estadios, donde todo debe calzar a la perfección y en donde se trabaja a mil kilómetros por hora, aquí el ritmo es indispensable para motivar al auditor. Había cumplido labores de locutor comercial junto a destacados relatores como Roberto Romero, Carlos Pedreros, Eduardo Wenger y los hermanos Roberto y Eulogio Aldana de Tomé, entre otros.

Luego de esa etapa, me atreví a incursionar en labores de apoyo al relator desde el borde del campo de juego, en el rol de informador de cancha, donde debía entregar mi visión de las jugadas, entregando breves opiniones y comentarios, aclarando las dudas que pudieran tener los relatores desde la caseta de transmisión y haciendo notas a los protagonistas del espectáculo deportivo.

En esos años, décadas de los ochenta y noventa, se podía ingresar a los vestuarios después de los partidos para hacer las entrevistas correspondientes, en una costumbre que era normal en esos años, lo que seguramente era algo incómodo para los jugadores y técnicos. Se autorizaba a periodistas y noteros, conocidos como “rifleros”, a ingresar a la intimidad del camarín, invadiendo un

espacio en donde los protagonistas necesitan estar solos para comentar el partido, para recriminarse o felicitarse dependiendo del resultado.

Afortunadamente esa práctica que era habitual, ya no está permitida. Ahora se estila que los jugadores y técnicos den declaraciones en conferencia, una vez ya vestidos, en una sala especialmente habilitada para ello o en la denominada zona mixta, antes de llegar al camarín, sólo si el futbolista lo desea.

También incursioné en los comentarios en más de alguna oportunidad, lo que, confieso, me resultaba muy difícil. Ese puesto es sólo para entendidos en la materia porque no es fácil tratar de interpretar el pensamiento del técnico al hacer sus planteamientos técnicos y dibujos tácticos, el porqué de los cambios, las estrategias o tratar de explicar algún resultado. Era mucho más entretenida la labor de locutor comercial o puesto de cancha. Ni pensar siquiera en el relato en donde se exige concentración total, tener conocimiento de los jugadores y reglamentos, agilidad mental y verbal, tener capacidad física también para aguantar 90 minutos a un ritmo frenético, coordinando los pases a los puestos de cancha, al comentarista, al locutor comercial y al estadístico en los estudios, con una disposición anímica a toda prueba. Eso lo veía muy lejano y prácticamente imposible.

Tuve la oportunidad durante un par de años, de ser corresponsal del programa Estadio en radio Portales de Santiago, que en ese tiempo era, según decía su slogan “La primera de Chile”. Mi labor se limitaba solamente a informar brevemente, en unos 15 a 20 segundos, lo que estaba pasando en Collao, en Las Higueras o en El Morro, para apoyar la transmisión central desde la capital. Escuchaba al relator que estaba transmitiendo en Santiago, quien viajaba por el aire a diferentes regiones en donde había fútbol simultáneo, para requerir información de los corresponsales, yo entre ellos.

–Vamos a conocer qué pasa en Collao, adelante Sergio Morales.

Yo debía entrar más o menos en el ritmo que él llevaba en la transmisión y dar el resultado parcial más una breve opinión del partido que yo estaba presenciando. Llevaba varios meses en esa tarea, que no era muy difícil pero que exigía máxima concentración durante los 90 minutos del compromiso.

Cierto día, estaba cumpliendo esa labor en un compromiso de Deportes Concepción, no recuerdo frente a qué rival, siguiendo los relatos de Wladimiro Mimiça desde la capital. Escuché que el partido en Santiago había concluido, escuché las entrevistas, el comentario final de Aldo Schiapacasse y en Concepción el partido aún continuaba disputándose. De pronto escucho en mis audífonos al relator que dice:

–Y ahora vamos con los últimos minutos del compromiso que se está disputando en Concepción, con los relatos de Sergio Morales, adelante.

No me quedó más remedio que asumir y comenzar mi relato, sin siquiera tener tiempo de ponerme nervioso, porque fue todo de improviso. Tuve que sacar adelante la transmisión recordando lo que había escuchado y aprendido durante varios años, interactuando con relatores de Concepción. No debe haber resultado tan mal porque cumplí el rol de relator en otras oportunidades para el mismo programa y otros, en donde fui llamado, ahora como relator, llegando incluso a estar dos años en CDF siguiendo las campañas de la Universidad de Concepción, en tiempos en que esos partidos eran grabados y después retransmitidos. Creo haber cumplido satisfactoriamente ese desafío que en algún momento consideré imposible. Pude comprobar que nada es imposible hasta que sucede.

Básquetbol DIMAYOR



EL EQUIPO DE BÁSQUETBOL de la Universidad de Concepción fue uno de los fundadores de la ya desaparecida DIMAYOR, junto a Naval de Talcahuano, Español de Talca, Unión Española de Santiago, Malta Morenita de Osorno y otros. Más tarde se integrarían Petrox y Temuco. Desde esos primeros años, el Campanil siempre fue protagonista de esa competencia, como lo es ahora de la Liga Nacional de Básquetbol.

En el año 1994, la Universidad de Concepción jugó la final del torneo frente a Temuco, siendo derrotada por un marcador global de 4 a 2. Pero, la revancha llegaría al año siguiente, en donde el Campanil se impone por el mismo marcador, jugando el sexto encuentro en el Gimnasio de La Salle, en la capital de la Araucanía. El conjunto universitario penquista llegaba con una ventaja de 3 -2. Fue ahí, en un gimnasio repleto, que la Universidad lograría su primera estrella de la mano de jugadores como Patricio Briones, Roland Fritsch, Ricardo Funke, Marcelo Ruiz, Cipriano Núñez y otros, que fueron a Temuco a derrotar al equipo local en una verdadera caldera.

Tuve la oportunidad de relatar ese compromiso a través de las pantallas de TVU, que armó un equipo deportivo justamente motivado por la buena campaña del Campanil y con la convicción

que el equipo iba por el título que se le había escapado el año anterior ante el mismo rival. Yo tenía a mi cargo los relatos y los comentarios eran responsabilidad del profesor Juan Morales, conocido profesor universitario, ex-jugador y técnico, quien durante el desarrollo del campeonato fue tentado por la grúa temuquense y se hizo cargo de ese equipo.

Asumió entonces los comentarios, nada menos que el propio Director de TVU, don Dragomir Yankovic, concedor del tema, ex-jugador y fanático del Club Deportivo de la Universidad, por lo que sus comentarios, la gran mayoría de las veces, no eran muy objetivos. Bueno, debo reconocer que mis relatos tampoco lo eran tanto.

Se jugaban los últimos minutos del encuentro y ganaba la Universidad por unos 8 puntos, en un partido que se jugaba a todo ritmo, con mucha fuerza, disputando cada balón, en un duelo que también se trasladaba a las graderías, porque había viajado una numerosa hinchada desde Concepción.

Estábamos en plena transmisión, desde el borde del campo de juego, cuando de pronto Dragomir entra corriendo a la cancha gritando desafortadamente:

—¡¡El reloj no está corriendo, el reloj no está corriendo!!

Y tenía toda la razón, hacía rato que el reloj no avanzaba, para darle más tiempo al equipo local de emparejar el marcador. Normalizada la situación continuó el partido siempre con el Campanil en ventaja, quedaban dos minutos, lo que en básquetbol es mucho tiempo, cuando de pronto se apagan las luces en el gimnasio. Un breve compás de espera y retorna la luz, pero, sospechosamente el lado en donde debía encestar el campanil estaba a media luz y el otro aro perfectamente iluminado. A pesar de los reclamos de dirigentes, técnico y jugadores universitarios, los jueces y la mesa de control decidieron continuar con el compromiso.

Finalmente y pese a todas las artimañas del local, cuyos dirigentes tenían fama de poco transparentes, el equipo visitante se alzó con la victoria, obteniendo el primer título para la Universidad de Concepción, título que pudo revalidar los dos años siguientes.

Después de entrevistar a los jugadores del campeón, fui a hacer una nota con el técnico del equipo local, quien hasta hacía poco, había sido mi compañero de transmisiones en TVU. Al preguntarle por las situaciones anómalas que se habían vivido en los minutos finales del encuentro, Juan Morales me dijo: “Sergio, a mí pregúntame solamente por lo que pasó dentro del campo de juego”. Le encontré toda la razón.

Con el dulce sabor de la victoria, viajé al otro día a la ciudad de Angol, porque en el fútbol de Tercera División se enfrentaba el Campanil con el equipo de Malleco Unido en el hermoso estadio Alberto Larraguibel. Allí me esperaba el equipo de radio Universidad para iniciar una nueva transmisión deportiva. Difícil situación porque se enfrentaban los dos equipos de mis amores.

Fútbol amateur



ACOMIENZOS DE LOS AÑOS 90, trabajando para radio Única de Concepción, inicié mi relación con el fútbol amateur de la comuna, de la provincia y de la región, transmitiendo partidos correspondientes a dos torneos muy importantes a nivel regional, como es el caso de la Recopa y la Copa de Campeones, además de los encuentros correspondientes a competencias locales en diferentes asociaciones del Gran Concepción. Pude constatar en ese ambiente, el enorme compromiso, pasión y cariño de los dirigentes, con sus instituciones, con los jugadores y con la comunidad que está detrás de esas instituciones deportivas. Se comprueba el amor incondicional por los colores que representan, en un ambiente pleno de camaradería, con toda la familia y el barrio totalmente comprometidos, contando además con el apoyo económico de los comerciantes de cada uno de los sectores involucrados.

Los jugadores son verdaderos ídolos, muchos exfutbolistas profesionales y otros, los más jóvenes, que se esfuerzan por llegar a lo más alto en cualquier competencia donde participan.

Reconocimiento también a los dirigentes, verdaderos mecenas, que no dudan en echar mano a sus propios ingresos para apoyar y solucionar cualquier inconveniente, con el fin de ver a su equipo cumpliendo con sus compromisos deportivos, ojalá exitosamente,

muchas veces fuera de sus barrios, incluso a veces fuera de la ciudad, cuando tenían la suerte de llegar a competencias regionales.

Ahí, en esas instancias, estaba el programa “Sport es Deportes” de radio Única, en transmisiones muy sacrificadas por las incomodidades propias del fútbol amateur, sin caseta de transmisiones, muchas veces bajo un paraguas para guarecernos de la lluvia pero contando siempre con la incondicional preocupación de los vecinos que apoyaban con una atención o facilitando sus teléfonos de casas cercanas a la cancha. Desde allí, comenzaba el proceso de tirar cables hasta llegar al puesto de transmisión, en una época en que aún no aparecían los celulares. Era común además que los vecinos sintonizaran la radio, muchas veces utilizando parlantes, para seguir los relatos de Mario Montecinos, Óscar Fonseca o los míos, los comentarios siempre atinados de José Luis Placencia o de Mario Enrique Zalazar, y las notas siempre oportunas de Víctor Chamblás, Yarkus Pérez o Jorge Jiménez.

Este programa fue una escuela para quienes nos estábamos iniciando en transmisiones deportivas, relatando desde la cancha El Flecha, Villa Palitos, Huracán, Gente de Mar, La Frontera, las 4 canchas en Hualpén, Nonguén, Barrio Norte, en fin... muchos escenarios deportivos en donde se vivía la pasión del fútbol amateur.

En cierta ocasión, en Lebu, por el torneo Copa de Campeones, jugaba el equipo local frente a Gente Mar de Penco. Por supuesto, muchos comerciantes de la comuna pencona aportaron a la transmisión y viajamos a esa ciudad para traer la emoción del fútbol directamente desde Lebu, sabiendo que mucha gente iba a estar en sintonía. Como no existían los celulares, tuvimos que recurrir a la voluntad de los vecinos, lamentablemente el teléfono más cercano estaba como a dos cuadras del estadio y el técnico no alcanzaba a llegar con los cables que había llevado. ¿Qué hacer? Penco estaba atento a la transmisión y los comerciantes esperando su publicidad. Lamentablemente era casi imposible cumplir con

los hinchas y con los auspiciadores. Y digo casi, porque se encontró la solución.

Poco antes de la hora pactada para el comienzo del encuentro, comenzamos a enviar despachos desde Lebu, anunciando que el partido se había retrasado en una hora y que estaríamos iniciando la transmisión apenas el partido comenzara. La solución se tradujo simplemente en el uso de una grabadora.

El partido en realidad comenzó a la hora que correspondía y yo grabé el relato del primer tiempo. Terminado los primeros 45 minutos, rápidamente con la grabadora al teléfono para comenzar a difundir el primer tiempo ya jugado. Mientras tanto, ya estábamos grabando el segundo tiempo, que terminó con entrevistas y breve comentario. De ahí nuevamente al teléfono para enviar a la radio el desarrollo del segundo tiempo desde el pitazo inicial.

Todo salió perfecto y, seguramente, en Penco quedaron convencidos que el partido se había retrasado. Lo importante es que se cumplió en forma profesional y responsable, aunque con una pequeña mentira de por medio.

Vale la pena también recordar lo sucedido en una ocasión en Yumbel, con motivo de otro compromiso por copa de Campeones entre el representante local y el campeón de la Asociación de fútbol de Hualpén. Llegamos temprano a la ciudad santuario y el productor del programa, apenas llegamos, se dirigió a la radio local, radio Centinela, para preguntarle al Director si le interesaba transmitir el partido, acoplándose a nuestra transmisión. El Director se mostró muy entusiasmado y preguntó cuál era el costo por transmitir el partido para Yumbel. “No tiene ningún costo, nuestro único interés es servir a la comunidad yumbelina”, le contestó nuestro productor. Pero, a decir verdad, la intención de fondo era otra.

Dicho y hecho, llega la hora del partido, comienza la transmisión para Concepción y la radio local estaba también en el aire con

la señal de ese compromiso. Todo bien hasta ahí, yo estaba encargado de la locución comercial y tenía las frases preparadas, con los clientes habituales del programa, más algunos comerciantes de Hualpén que se habían sumado. Cuando de pronto veo que el productor comienza a llegar con boletas de compraventa de tiendas yumbelinas, pidiéndome que comience a improvisar algunas frases con los clientes que él ya había conseguido en el comercio local. Un desafío no menor porque no es fácil improvisar avisos comerciales, más aún durante una transmisión deportiva donde el ritmo es vertiginoso.

Pero valió la pena el esfuerzo porque al final de la transmisión, nos fuimos a cenar a un restaurant local, gracias a un canje conseguido por el productor del espacio. De vuelta a Concepción muy contentos y satisfechos, por la transmisión del partido y por la abundante cena.

Tercera División



EN EL AÑO 1994, la Universidad de Concepción concretó el anhelado sueño de algunas autoridades y personeros de la casa de estudios, de ser aceptada en el fútbol de Tercera División. Vale la pena destacar el trabajo de quienes iniciaron el proceso de postulación, dirigentes visionarios y apasionados vinculados a la Universidad como Alejandro Abuter, Marcos Israel, Pedro León, Sergio Viveros, Rafael Ávila, Esteban Otárola, León Prato, incluido el propio rector de la época, Augusto Parra.

Naturalmente radio Universidad no podía estar ausente de tan magno acontecimiento, así es que rápidamente formamos un equipo deportivo, con la intención de seguir la campaña del cuadro universitario en todos los escenarios en donde se presentaría el equipo, motivo por el cual fue un año de muchos viajes.

Radio Universidad cumplió un papel fundamental en este sueño, a través de su estación de Amplitud Modulada, mientras la Frecuencia Modulada seguía con su programación habitual de música selecta.

El equipo de fútbol estaba formado principalmente por estudiantes universitarios, más algunos jugadores profesionales de experiencia como es el caso del mismísimo Mario “Gato” Osbén y otros provenientes de clubes de la zona, varios de ellos del ya

desaparecido Lozapenco, incluido parte del cuerpo técnico. El entrenador era un profesor de la Universidad, gran figura del fútbol chileno, seleccionado nacional en los años 60 y Director Técnico de mucho prestigio en el fútbol chileno, el profesor Luis Vera Avendaño, secundado por el profesor Óscar Herrera en la preparación física.

Especial mención al trabajo del masajista del equipo, Luis Alberto Parra, el popular “Parrita”, quien no solamente estaba encargado de los masajes antes y después de los partidos, sino que era la persona encargada de alegrar los viajes y atender con su habitual sonrisa a todos los integrantes de la delegación, incluida la delegación de radio Universidad. Mientras entregaba las colaciones, se hacía un tiempo para conversar animadamente con cada uno por largos minutos, en una dinámica que se repetía en todos los viajes y siempre con divertidas historias y anécdotas. Sin duda, todo un personaje, que disfrutaba plenamente con su trabajo.

Viajes a Santiago, Curicó, Linares, Angol, Los Ángeles, Mulchén, Victoria y otras ciudades, hicieron que la amistad con jugadores, cuerpo técnico y directivos, se fuera acrecentando. Entre esos directivos estaba nada menos que Haroldo Peña, el famoso “León de Collao”, incorporado al club como coordinador de los viajes y con quien tuve una gran amistad.

Fue un año pleno de vivencias imborrables para un amante del fútbol y de las transmisiones radiales como yo, al igual que para los demás integrantes del equipo deportivo de la radio como Hernán Vidal, Víctor Chamblás y el inefable Doctor Placencia. Estos dos últimos, colegas míos en la desaparecida radio Única.

Claro que el equipo no partió muy bien, porque el debut en el estadio El Morro, ante Naval de Talcahuano, fue una derrota de 2 goles a 1. Pero había confianza en que las cosas mejorarían porque había un muy buen plantel encabezado, como decía, por Mario Osbén, a quien se sumaban otros jugadores de experiencia

como Luis Espinoza, Abraham González, Juan Carlos Delgado, El “Pudú” Fuentealba, entre otros, más el aporte de varios estudiantes de la Universidad.

Y así fue efectivamente, ya que pese al traspie en la primera fecha, el equipo comenzó a sumar y a llevar gente al estadio, finalizando puntero en el grupo sur, clasificando a la segunda fase del torneo, donde finalizó en la cuarta posición, sin derecho a ascender. Nada mal para un equipo debutante en el fútbol profesional, que lograría su objetivo tres años más tarde, ingresando a la Segunda División para posteriormente, en 2002, llegar a la división de honor.

Lamentablemente hoy está nuevamente en la segunda serie del fútbol chileno, después de una definición frente a Colo Colo.

Volviendo a las transmisiones de radio Universidad, por su estación de Amplitud Modulada, habitualmente los compromisos que se jugaban en Concepción se transmitían también para las ciudades cuyos equipos eran los rivales del Campanil. En una oportunidad jugaba la Universidad de Concepción frente a Provincial Osorno y nuestra transmisión llegaba a gran parte del sur de Chile por las ondas de radio SAGO de Osorno. Era un partido decisivo para la Universidad y del resultado dependía si clasificaba para una liguilla final del torneo de Tercera División. Se jugaba el minuto 90 y la Universidad estaba consiguiendo su objetivo, el 1 a 0 parcial le permitía sumar tres puntos y acceder a la siguiente ronda del torneo. El empate lo eliminaba. Una desinteligencia en la retaguardia local en el último segundo, permitió la igualdad en el marcador y la eliminación del Campanil.

Se supone que cuando hay un gol, el relator hace gala de sus mejores recursos, tratando de interpretar lo que significa el gol para los hinchas de ese equipo y lo correcto es que, sea cual sea el equipo que anote, debe haber una intención en el grito de ese gol. Pero, fue difícil para mí ese momento porque era mi equipo

el que estaba siendo eliminado. Naturalmente me olvidé de lo que es correcto y dije:

–Perdónenme, amigos de Osorno, pero no puedo gritar este gol. Por la cresta, nos empataron en el último segundo.

De seguro, los auditores de radio SAGO me habrán comprendido. El fanatismo demostrado en alguno de mis relatos no era aconsejable bajo ningún punto de vista, pero qué hacerle, si mi identificación con la Universidad es total y desde el año 1974, mi corazón está teñido de azul y amarillo.

Radio Contagio de Coelemu



NOCHE DE INVIERNO DE 1991, estaba yo de turno en radio Inés de Suárez. Aproximadamente a las 22 horas., mientras preparaba algún tema de conversación y noticias del día, veo al radio-operador que, muy preocupado, me anunciaba unas visitas. Era una pareja de Carabineros de servicio, que preguntaba por Sergio Morales. Naturalmente me causó cierto nerviosismo y preocupación, porque se veían muy serios y severos. Me identifiqué y uno de ellos, el de mayor grado, me dijo: Con usted quiero conversar joven“, manteniendo su tono serio. Después de algunos segundos de incertidumbre, tratando de recordar alguna falta grave cometida, se identificó como Presbiterio Godoy, me contó que era un fanático de la radio y que tenía un sueño que estaba a punto de cumplir: tener una radio propia en Coelemu, comuna en donde él había prestado servicio años atrás.

Me volvió el alma al cuerpo y entablamos una conversación muy amena, en donde me pude dar cuenta que estaba frente a una persona que verdaderamente sentía una gran pasión por este medio y que estaba muy ilusionado con su futura radio. Además tuve la certeza de estar frente a una persona recta y confiable, así que no dudé ni un solo instante en apoyarlo y acompañarlo en su sueño, tal como el me lo solicitó.

Faltaba más de un año todavía para que la radio tuviera la autorización para salir al aire, él ya tenía gran parte de los equipos, de tal forma que comenzamos a planificar la programación de la futura primera emisora de Coelemu. Al preguntarle por el nombre de la radio, me quedé sorprendido al enterarme del nombre que él tenía pensado: “Contagio”.

Le hice ver que el nombre no era muy adecuado, pero Presbiterio estaba absolutamente convencido que ése debía ser el nombre, por lo que no me quedó más que acatar lo que él decía, considerando que íbamos a trabajar juntos. Así que pensamos de inmediato en alguna frase que apoyara el nombre de la emisora: “Radio Contagio de Coelemu, contagiando de buena música el Valle de Itata”.

Un año entero estuve colaborando con él, hasta que finalmente la radio salió al aire. Gran acontecimiento en la comuna de Coelemu, la ceremonia inaugural con presencia de todas las autoridades y representantes de toda la comunidad. Y don Presbiterio, que no cabía de gozo al ver su sueño hecho realidad. Yo muy contento también, porque había sido testigo del trabajo desarrollado juntos, con tanto entusiasmo, durante un año para ofrecer una variada y muy interesante programación.

Le acompañé en múltiples transmisiones porque la radio desde un comienzo marcó presencia en diferentes eventos culturales, artísticos, deportivos, elecciones de autoridades comunales, regionales y nacionales, y, en general, en todo lo que interesara a la comunidad. El Director y dueño era un hombre muy inquieto y le gustaba servir poniendo la radio al servicio de la comuna. Yo siempre lo acompañé porque me di cuenta que confiaba mucho en mí y que para él, mi presencia era importante. Muchas veces me acompañó en esas transmisiones, mi hija mayor, haciendo notas, entrevistas y comentarios, desempeñándose con tal entusiasmo y en forma tan acertada, que llegué a pensar que iba a seguir mis pa-

sos, pero ella prefirió el camino de las leyes. Presbiterio la miraba con mucho cariño y le gustaba que ella participara.

Uno de los mayores recuerdos fue haber seguido la exitosa campaña de la selección de fútbol de Coelemu en el campeonato regional de fútbol amateur. Seguimos toda la campaña, tanto de local como de visita, en todos los lugares en donde se presentaba el equipo. Yo tenía a mi cargo los relatos, en tanto que el profesor Tulio Herrera era el encargado de las entrevistas y comentarios. Presbiterio viajaba con nosotros con el apoyo logístico.

La campaña fue tan exitosa que la selección de Coelemu se coronó campeón a nivel regional, en tiempos en que Ñuble era una provincia de la región del Biobío. Y en su calidad de campeón regional, el equipo debió participar en el campeonato nacional a desarrollarse en la isla de Chiloé. Presbiterio no dudó un instante y nos envió al sur a cubrir los encuentros de la selección. Fueron varios días en que estuvimos transmitiendo los compromisos en una irregular campaña del equipo con triunfos y derrotas. Llegó el día del último partido de la fase clasificatoria y Coelemu necesitaba un empate para pasar a la fase siguiente. Yo ya llevaba 10 días en esas mitológicas tierras y ya tenía deseos de regresar a Concepción.

El último partido se jugó en Dalcahue y hasta ese lugar llegamos para llevar a Coelemu ese último y trascendental compromiso. Cuando se jugaban los últimos minutos del encuentro, Coelemu perdía 1 a 0, resultado que lo eliminaba. Debía conseguir solamente un gol para emparejar el marcador y avanzar a las instancias finales del campeonato, lo que significaba una semana más en la isla. Coelemu con todo al ataque y yo relatando y apoyando desde el micrófono, poniendo todo de mi parte para provocar la mayor expectación entre los auditores que escuchaban la radio en Coelemu.

–Vamos muchachos, que todo el pueblo los está apoyando.

–Vamos Coelemu, aún podemos alcanzar la clasificación.

–Así te quiero, Coelemu, luchando hasta el final y otras frases por el estilo, aunque en lo más profundo de mí, con el deseo íntimo que el partido terminara luego para volver a Concepción. Después de ese 1 a 0 final, esa misma noche retorné a tierras penquistas con la satisfacción de haber cumplido con mi amigo Presbiterio y con la comunidad de Coelemu.

Pildoritas



I

LLEGÓ A HACER SU PRÁCTICA profesional a radio Universidad, un joven estudiante de periodismo, muy entusiasta, muy interesado en aprender todo lo relacionado con el mundo de la radio. Tuvimos una muy buena relación porque, a diferencia de la gran mayoría de los jóvenes de hoy, era muy cercano con las personas mayores. En ese tiempo, la radio tenía un equipo deportivo que transmitía los partidos de fútbol del Club Deportivo Universidad de Concepción, por su señal A.M. Le pregunté si quería formar parte del equipo deportivo de la radio y me dijo que sí, pero que no se atrevía.

Le manifesté que en las primeras transmisiones en que le correspondiera participar, solamente se iba a encargar de llevar la estadística de los tiros de esquina, nada más. Llegó el día del partido y ahí estaba, puntual, este joven estudiante llamado Álvaro Ortiz Vera. Se le entregaron sus implementos técnicos, audífonos y micrófono, y partió un poco nervioso a cumplir con la labor encomendada.

Y así, durante la transmisión se escuchaba:

—Atención que hay tiro de rincón para el Campanil, ¿número?

–Uno –respondía Álvaro desde el borde de la cancha.

–Hay una nueva carga del equipo local y el portero que envía la pelota fuera del campo de juego, atención, nuevo tiro de esquina favorable al dueño de casa, ¿número?

–Dos –respondía mi informador desde abajo.

Esa fue su misión durante los 90 minutos. Ya en el tercer o cuarto partido, se sentía más seguro y se atrevió a incursionar en breves comentarios y entrevistas, lo que hacía en forma muy segura, responsable y comprometida. Seguridad, responsabilidad y compromiso que siguió demostrando más tarde como primera autoridad de Concepción.

II

HACE UN PAR DE AÑOS llegaron a la radio, dos hermanos mellizos, por quienes siento un gran aprecio y admiración. Fueron mis alumnos en Penco y se dedican a cantar en las calles céntricas de Concepción y de otras ciudades del país, como el grupo La Escena, cultivando el folclore latinoamericano. Los mellizos Ormeño fueron a hablar de sus 25 años de canto, a dar a conocer la difícil realidad del arte callejero y a invitar a los auditores a la celebración de este aniversario, en el teatro de la Universidad. Una vez terminada la entrevista, que fue matizada con algunas canciones en vivo, me señalaron que para ellos sería un gran honor que yo los presentara en ese espectáculo.

Naturalmente accedí pero les señalé que eso tenía un costo. No hay problema me dijeron, porque ya hemos vendido muchas entradas, así que estamos en condiciones de poder financiarlo, siempre y cuando el valor no sea muy alto. Mucho se sorprendieron cuando les manifesté que el valor del servicio de locución se traduciría en la posibilidad de cantar con ellos, algunas canciones de Los

Chalchalersos que forman parte del repertorio de estos virtuosos hermanos. Aceptaron con mucho gusto.

Al día siguiente, un ensayo en la sede del partido comunista de calle Paicaví y de ahí, algunos días después, después de la aprobación del ensayo, al escenario del teatro Universidad de Concepción para cantar un puñado de mis canciones favoritas con el grupo La Escena de los mellizos Ormeño.

III

MENCIÓN APARTE EN MI CARRERA profesional, la constituye mi participación como conductor de los sorteos KINO y BOLETO de Lotería. Llevo muchos años ligado a esta empresa, tratando de cumplir mi labor en forma eficiente y responsable, en un ambiente extraordinariamente agradable, con jefes y colegas muy respetuosos y cálidos en el trato, lo que me permite señalar que es uno de los mejores lugares en que he trabajado. Por cierto que aquí también han ocurrido algunos percances.

Dentro del estudio en donde se realizan los sorteos, no solamente hay calor humano sino que también calor real, por la gran cantidad de luces que iluminan el set. Habitualmente llevo en el bolsillo alguna servilleta o toalla de papel, por si la temperatura sube demasiado. Pues bien, un día debí recurrir a esa instancia y mientras la cámara enfocaba a mi compañera en la conducción, aproveché para sacar la servilleta y secarme algunas gotas que comenzaban a aparecer en la frente. Pero, al meter la mano en el bolsillo, en lugar de sacar la servilleta saqué un billete de mil pesos y, sin darme cuenta de eso, lo pasé por mi frente casi sudorosa. Al notar los rostros sorprendidos de mis colegas, me di cuenta del error, lo que provocó una tentación de risas que, afortunadamente, pudimos contener hasta el final del sorteo.

IV

EN EL AÑO 1983 Y DURANTE varios años, mis jornadas de trabajo se desarrollaban en la vecina comuna de Tomé. Clases en las mañanas en el Liceo Vicente Palacios y en la tarde, programas en vivo y grabaciones en radio Tomé, previo almuerzo en “La Peña” de mi amigo Darwin Rodríguez, gracias a un canje publicitario. Me encantaba el viaje diario a la ciudad textil, al punto de convertirme en un “entomecinado”, palabra que acuñó el escritor y poeta Alfonso Alcalde.

En cierta ocasión, con motivo del aniversario de la radio, me correspondió la grata misión de animar el espectáculo junto a mi colega y gran amigo Guido Navarrete. En el momento del intermedio, se cierran las cortinas para instalar al siguiente grupo, momento en que salgo a rellenar con algunos concursos, gracias a la gran cantidad de premios entregados por los auspiciadores de la radio. Se me estaba agotando el repertorio de preguntas a los concursantes, cuando de pronto escucho detrás de las cortinas a mi amigo Guido que comienza a soplar preguntas y frases ingeniosas. Al final hice un tremendo relleno con simpáticos concursos gracias a mi colega, a quien agradezco esa verdadera lección de amistad, compromiso y lealtad. Yo fui el gran protagonista pero Guido fue, desde el anonimato, el gran artífice.

V

VERANO DE 1980, llega a radio Inés de Suárez una nota para difundir y que correspondía a una invitación a participar en el Festival del Mar, en la vecina comuna de Penco. No lo dudé mucho y decidí participar de la actividad, considerando que el canto ha sido desde siempre una de mis pasiones. Mucha gente reunida en el estadio de la comuna, una gran orquesta dirigida por

el maestro Miguel Zabaleta y la animación a cargo de un famoso locutor, Juan La Rivera. Después de haber superado la etapa de clasificación, llegó a la gran final, compitiendo con intérpretes de real valía, motivo por el cual veía muy pocas posibilidades de alcanzar alguno de los primeros lugares.

En la noche final, el sistema de votación del jurado consistía simplemente en levantar una paleta con la nota que, a juicio del criterio de cada uno, merecía el concursante. Después de mi presentación, el animador solicita al primer jurado que levante la paleta con la nota. Ese primer jurado era Fernando Arjona Martínez, mi jefe en la radio, quien levanta la paleta con la nota 7. El segundo jurado, mi colega Roberto Romero, también levanta la paleta con la nota 7. Otro jurado y colega, Ismael Muñoz, pone la misma calificación, seguramente ante la sorpresa de los demás participantes, todos de gran calidad. El último jurado era un profesor de música de la comuna, Sergio Corona, quien ajustándose a la realidad, levantó la paleta con la nota 5. Gracias a esa calificación ocupé el segundo lugar.

Años más tarde, en 1984, llegué a ejercer la docencia a la escuela Isla de Pascua de Penco y, cuál no sería mi sorpresa al comprobar que quien me estaba dando la bienvenida, era el mismo profesor que había conocido como jurado en el Festival del Mar, cuatro años antes.

VI

SE JUGABA EN ARGENTINA, año 1978, el campeonato mundial de fútbol, en el cual Chile no participó. Igualmente había mucha expectación y los encuentros se seguían atentamente por la televisión. Era común ver en las calles céntricas de Concepción, en las vitrinas de las tiendas comerciales, aglomeraciones de personas siguiendo las alternativas de esos compromisos deportivos. Los

nombres de los ídolos del fútbol resonaban entre los aficionados locales y el mundial era tema obligado.

En esa fecha, leía el informativo de radio Inés de Suárez, con un destacado locutor llamado Carlos Muñoz. Decidimos no estar ausentes de la fiebre mundialista y al finalizar cada informativo, cambiábamos nuestros segundos apellidos por el de los cracks más famosos de ese torneo. Era común escuchar:

–Han sido noticias en Doña Inés, leyeron para ustedes Carlos Muñoz Passarella y Sergio Morales Tarantini.

–Gracias por informarse con nosotros, leyeron para ustedes Carlos Muñoz Kempes y Sergio Morales Ardiles.

Y así todos los días y durante varias semanas, incluyendo apellidos famosos como Platini, Rummenigge, Zico, Cubillas y varios más.

Ya finalizado el mundial, decidimos seguir haciendo cambios con nuestros segundos apellidos, recurriendo al ingenio para seguir con ese juego.

–Terminan las noticias, leyeron para ustedes Carlos Muñoz Robles y Sergio Morales Álamos.

–Fue el informativo de Doña Inés con la lectura de Carlos Muñoz Toro y Sergio Morales Cordero.

Todo iba muy bien, hasta que el Director, Juan Aeschlimann, nos llamó severamente la atención, aunque me imaginó, con una sonrisa en su interior.

VII

CONDUCÍA EN EL AÑO 1983 el programa “Discololeando” en radio Tomé. Un programa interactivo de música juvenil con

mucha participación de la juventud tomecina. Mes de Diciembre de ese año, aparece en la radio mi amigo Ricardo Mahnke, productor y cineasta penquista, tomecino por adopción, con tres jóvenes capitalinos que andaban promocionando un cassette con canciones inéditas que recién se había lanzado al mercado. Era costumbre de los artistas llevar sus trabajos a las radios para la promoción. Aún hoy, a pesar de promocionarse por las redes y plataformas digitales, hay muchos artistas que continúan confiando en la radio para esos efectos.

Naturalmente entrevisté a esos tres jóvenes músicos y procedimos a difundir algunas de sus canciones que, debo confesarlo, me sorprendieron gratamente, porque sus mensajes eran muy diferentes a lo que se escuchaba por aquellos años. Después de la entrevista, rápidamente gestioné la presentación de la banda en el teatro municipal de la ciudad. Jorge, Claudio y Miguel, los nombres de estos tres jóvenes, se fueron muy contentos con el compromiso de volver a la ciudad para presentar su disco en vivo ante el público tomecino.

Se hizo la publicidad correspondiente y a esperar la respuesta del público. Lamentablemente y, a pesar que era un espectáculo gratuito, no más de 100 personas llegaron a presenciar el debut de Los Prisioneros en la zona.

Orillando el Biobío*



LEGAR A ESTUDIAR A LA Universidad en la ciudad de Concepción, era un desafío que debía enfrentar con responsabilidad para cumplir con las expectativas de mis padres. A comienzos de la década de los 70, viajaba desde Angol, haciendo uso del beneficio de rebaja en el valor del pasaje, otorgado por Ferrocarriles del Estado a todos los estudiantes. Con el grupo de amigos angolinos, disfrutábamos plenamente del paisaje orillando el Biobío. Era un viaje semanal, a menos que algún malón nos obligara a quedarnos en Conce un sábado por la noche.

Para hacer más grato el viaje, solía bromear con los nombres de las diferentes estaciones y paraderos, haciendo alusión a mis aspiraciones radiales: “Transmite radio Buenuraqui de Buenuraqui”, “Les acompaña radio Unihue de Unihue”; “Junto a ustedes, radio Gomero de Gomero”, y así, hasta llegar a Concepción.

Sin duda, estas humoradas de un viaje en tren influyeron poderosamente en mis 45 años de radio.

* Relato ganador primer lugar (categoría Adulto Mayor), Concurso “Historias entre Líneas”, de Ferrocarriles del Sur, 2019.

Palabras finales



CADA ESCRITOR QUE SE DA a la tarea de llenar una hojas en blanco, lo hace con el deseo íntimo que su obra sea leída, que sus pensamientos, convicciones, experiencias, emociones y sueños, sean compartidos y puedan servir a otros para tomar decisiones, para cambiar sus vidas, para encontrar respuestas a sus interrogantes o simplemente por el placer de la lectura. Por ello, vierten en esas hojas bellas palabras para hacer volar la imaginación o para invitar a adentrarse en el conocimiento profundo de algún tema.

No es mi caso, primero porque no soy escritor y segundo porque mi intención fue simplemente compartir mis vivencias en torno al micrófono, en múltiples facetas y en diferentes espacios y ambientes, ya sea en una sala de locución, en una caseta deportiva de algún estadio o en algún escenario. Siempre tratando de salir airoso de todos los desafíos que me he planteado en mi carrera.

Tengo la más absoluta convicción que aceptar un desafío es un reto que nos obliga a crecer y a desarrollarnos como personas y como profesionales. Es por eso que acepté múltiples desafíos, no teniendo la seguridad de lograrlos pero sí, con la certeza que iba a hacer mi mejor esfuerzo por conseguirlos.

Es mucho más hermoso y satisfactorio el haberlo intentado y perdido, que nunca haberlo intentado. Si no hay un buen resulta-

do, por lo menos nuestra recompensa está en el esfuerzo, porque eso habla de lo importante que es la dedicación, el buen desempeño de las funciones y las responsabilidades adquiridas, tratando siempre de buscar la excelencia.

Siempre adquirí compromisos, sin estar seguro de poder lograrlos pero esforzándome al máximo para tratar de cumplir, convencido que sólo intentándolo podía averiguar si era capaz o no. Así acepté el desafío de relatar carreras de caballo, encuentros de boxeo, hacer relato deportivo de fútbol y de básquetbol, presentar a las máximas autoridades de la ciudad, la región y el país, estudiar nuestro folclore y la poesía popular de Chile para enriquecer mis programas, entrevistar a cientos de personajes de diferentes especialidades y actividades, lo que conlleva un trabajo de estudio e investigación previa, animar diferentes tipos de espectáculos y eventos, desde aquel primer desafío superado en la ciudad de Victoria en Marzo de 1974, teniendo siempre presente las palabras de mi padre que siempre me inculcó el amor al sacrificio para alcanzar mis metas.

No fue fácil decidirme a escribir este libro, porque sin duda no serán muchos los interesados en adentrarse en la lectura de estas páginas. Pero decidí que era necesario cumplir este sueño, largamente acariciado que pudo concretarse con mucha dedicación, escudriñando en la memoria algunas vivencias que han marcado mis 50 años frente al micrófono. Cada relato brotó de manera natural, fluyeron recuerdos que dieron vida a estas páginas que son un testimonio de lo importante que ha sido para mí, este maravilloso medio de comunicación.

Soy un convencido que, aún hoy, con la abundancia de opciones, la radio sigue cumpliendo su rol y sigue luchando por mantener su presencia, para demostrar que la voz es tan útil y vital, como la imagen y la palabra escrita. Podría apostar que no son pocos los que pronosticaron el fin de la radio a causa de las grandes inno-

vaciones tecnológicas. Pero, a pesar de estas nuevas tendencias, la radio se mantiene plenamente vigente, según lo puedo comprobar día a día, a través del contacto con infinidad de artistas que siguen prefiriendo la radio para la promoción de su música y de sus presentaciones. Incluso la radio también ha profitado de estas nuevas tecnologías porque ahora nuestra señal llega a todo el mundo, cosa que hemos comprobado con los mensajes de auditores, casi todos exalumnos de la Universidad, desde diferentes lugares.

Desde niño nació en mí el deseo de ser locutor de radio, escuchando diferentes programas, siempre interesado en los contenidos de éstos, en la música y en las voces de los locutores de los años 60, acariciando íntimamente el deseo de algún día tener mis propios programas, seleccionar la música, tener invitados y animar espectáculos, ilusionándome con esa posibilidad de conocer por dentro la magia de este maravilloso mundo.

Me complace haber logrado mis objetivos, teniendo siempre como norte, el respeto al auditor, la responsabilidad en la preparación de mis programas, preocupándome siempre por el buen uso del lenguaje y la calidez en el mensaje, porque estoy convencido que la radio puede jugar un papel decisivo para frenar el empobrecimiento del lenguaje. Otro concepto fundamental es la curiosidad por interiorizarse en diferentes materias para estar en condiciones de tener con los invitados, una conversación interesante y con base.

Espero que esta compilación de historias sirvan para reflejar lo que significa la radio para mí, que le he dedicado 50 años de mi vida, 50 años que han estado plenos de grandes satisfacciones, alegrías y desafíos que he sabido superar, siendo exigente conmigo mismo sabiendo que, quienes nos dedicamos a esta labor, estamos en una permanente e inevitable exposición pública que debemos ser capaces de afrontar, estando plenamente conscientes del alto

porcentaje de aceptación y credibilidad que mantiene la radiotelefonía desde siempre.

50 años han transcurrido, 50 años de una eterna pasión, 50 años de disfrutar cada día, 50 años de constante crecimiento, de aprendizaje, de vibrar con lo que hago, de darle sentido a mi vida, 50 años de desarrollo personal y profesional. Pero, a pesar de este tiempo transcurrido, siento que todavía puedo seguir creciendo y alcanzar nuevos sueños y metas, junto a mi compañero de siempre: el micrófono.

Amigas y amigos, esperando que estas historias de radio hayan sido de su agrado e interés, finalizamos nuestro encuentro, invitándoles para una próxima oportunidad, en este mismo punto del dial.

*El trabajo no debe consistir siempre en lo que uno
sabe, sino en lo que uno ama.*

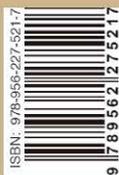
(Sergio Morales Lagos)

De esta forma han transcurrido
De radio, tantas historias
Las tengo aquí en la memoria
Recuerdos de tiempos idos
Este libro ha reunido
Gratas vivencias radiales
Son recuerdos inmortales
De mi eterna compañera
Una pasión verdadera
Por siempre Sergio Morales

A través de un lenguaje directo, honesto y lleno de humor, *Historias de radio*, su primer libro de crónicas, el locutor penquista Sergio Morales nos ofrece fascinantes relatos de sus vivencias durante los cincuenta años en radios de Concepción. El libro comienza con el relato de una cruel broma hacia un colega radiocontrolador, que nos recuerda los miedos y tensiones bajo la dictadura militar. La inconfundible voz de Sergio Morales aparece a lo largo de estas páginas, conectándonos con programas como “Chile, su gente, su música” o “Cantores que reflexionan”; emotivas ceremonias de titulación; la icónica Sofía Loren en nuestra ciudad; programas deportivos, donde, tirando cables hasta el teléfono más cercano, bajo la lluvia o desde los camarines de los jugadores, en su rol de “riflero”, logró mantener informados a los fanáticos del deporte local. Una “mención aparte” merece el relato sobre la final de la DIMAYOR (1995), cuando, a pesar de los descabellados actos antideportivos del equipo rival, nuestra universidad logró levantar la copa.

Historias de radio es un libro lleno de fascinantes infidencias que nos ofrece un testimonio vivo y auténtico de las experiencias de un hombre apasionado de la radiodifusión quien, a través de su voz, nos muestra la vida misma de una ciudad y su gente. Para los amantes de la narrativa breve y quienes desean explorar tras la escena de la comunicación radial, este es un libro que no puede faltar en sus bibliotecas.

Esteban Escalona Caba
Escritor



Universidad de Concepción